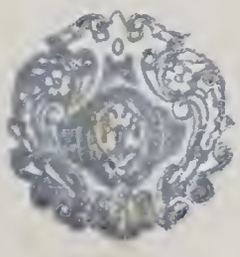
ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ
y PEDRO MUÑOZ SECA

El verdugo de Sevilla

CASI SAINETE

en tres actos, en prosa, original



Copyright, by E. García Álvarez y P. Muñoz Seca, 1916

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elverdugodesevil00garc

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRÄS

N.º de la procedencia
5012.

EL VERDUGO DE SEVILLA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege ét la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL VERDUGO DE SEVILLA

CASI SAINETE

en tres actos y en prosa

original de

ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ y PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid,
la noche del 31 de Octubre de 1916

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

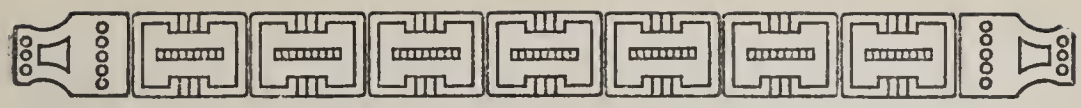
Para Anselmo González (Alejandro Miquis) con la admiración y el cariño de

Los Autores.

725202

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
NIEVES	Sra. Cortés.
MADAME PERRIN	Srta. Carbone.
ROSARIO	Sra. Muñoz.
PRESENTACIÓN	Villa.
ANTONIA	Srta. León.
MODESTA	Pacello.
BONILLA	Sr. Bonafé.
ISMAEL	Asquerino.
SANSONI	Zorrilla.
SINAPISMO	Pereda.
TALMILLA	González.
VALENZUELA	Espantaleón.
TRESSOLLS	Delgado.
FRASQUITO	Moreno.
HAMES	Espantaleón.
COTORRA	Riquelme.
PEDRO LUIS	Valle.
RIVERITA	Granja.
DON ROSENDO	Gascó.
CORVINA	Insúa.
JACOBO	Valle.
UJIER	Insúa.



PRÓLOGO

A

El verdugo de Sevilla

Reir nos enoja, reir nos desfigura el rostro, *reir no es elegante;* he aquí la fórmula consagrada por ese pseudo-elegante snobismo que convierte a los autores más finos en maniquíes gesticulantes por el resorte de la *pose* y a los críticos más austeros en majaderos impenitentes... Flota en el ambiente esa fórmula; se va propagando por ahí como una consigna. Y así, cuando entrais en un Teatro, en noche de estreno, veis a los personajes de la sala, no del escenario, adoptando una actitud sustancialmente falsa: la actitud de hombres graves, disciplentes y superiores. Quien frecuente los teatros de Madrid podrá observarlo; la actitud de los espectadores es en la mayoría de los casos más histriónica que la de los figurantes. Vedles enfáticos, retrepados en su butaca, afectados en sus gestos, pretendiendo juzgar dogmática e inapelablemente de la obra estrenada. Se sientan en la butaca con la gravedad doctoral conque ocuparían una cátedra de Cánones. El público de los estrenos es el más recusable de todos; el éxito o el fracaso de una obra se decide al día siguiente de su estreno. La mitad de ese públi-

co está compuesto de hombres de letras y de prensa, enemigos mordaces del autor, que desearían desollarle vivo, y la otra mitad de profesionales del estreno... (Advierto a los lectores que no lo sepan que yo no he estrenado jamás, ni aún llevo rumbos de estrenar; mis frases no pueden ser hijas del despecho.)

Hay dos clases de espectadores *indeseables:* aquellos que creen que el pago de la butaca les da derecho a la protesta ruidosa, *pedestre* o *abucheadora* (como si el pago, no de una butaca, sino de doscientas butacas, diera ningún derecho a exteriorizar la mala educación), y aquellos otros solapados e hipócritas que ríen, ríen, durante una o dos horas, gozan al parecer con la obra cómica y luego incurren en el burdo sofisma de decir, despectivos: ¡Qué estupidez! ¡Qué gansada!

Si observais su *facies*, grave y dogmática, y el aire de suficiencia conque profieren estas frases, considerando la obra como cosa ligera y de poco momento, creeríaseles hombres doctos, versados en letras humanas y aun divinas, duchos en la experiencia del arte escénico y capaces de componer, si a ello se pusieran, el *Hamlet Prince of Denmark* o el *Hernani*, de Víctor Hugo; obras que marquen una época en la historia del teatro, obras revolucionarias e innovadoras. Pues no hay tal, mis amigos; son pobres diablos, muy honorables por lo demás, emanados de humildes y laboriosas clases mercantiles o de profesiones liberales que no tienen que ver con el teatro y son incapaces, no ya de concertar una escena teatral, sino aun de sacarse de la cabeza un retruécano cien veces inferior al nivel de los que esmaltan la obra. No habría sino hacer la prueba; cuando salen del teatro, sonriendo despectivamente de los autores, de su obra y hasta

de todo el género teatral a que pertenece, debiera el autor surgir de una butaca como por ensalmo e invitarles amablemente a pergeñar una sola escena de una comedia futura. . «Ahora usted se va a casita (debiera decirles el autor) satisfecho por haber pasado bien el rato, pero convencido de que el autor es un ganso incapaz de nada serio; ¿por qué no prueba cualquiera de ustedes, en la soledad de su gabinete, a preparar una obrita que les pueda dar, si no honra, porque ya verá usted cómo le despellejan y torturan, a lo menos provecho, que es lo que a ustedes más puede interesarles...? Digo esto porque si yo visitara una fábrica de harinas de su propiedad o revisara los géneros de su almacén de coloniales, no se me ocurriría decir: Yo he pasado un buen rato admirando todas las maravillas de la industria y del comercio, pero ¡qué porquería todo lo que ahí hay! ¡Esas máquinas las monto yo mejor y esos géneros están todos averiados!...»

Ya hace tiempo que hice esta observación, pero la he confirmado en estos días con motivo del estreno de *El Verdugo de Sevilla* en el teatro de la Comedia. La obra es sencillamente un modelo del género cómico; una obra donde toda la comicidad brota de la situación misma—lo que es el secreto y el ideal del género cómico.—Los actores no necesitan hacer cabriolas ni piruetas, ni hay un viejo general que salta por un montante para delicia de unas muchachitas, ni una cocinera que brinca en paños menores para delicia de los muchachitos... como en otras obras pseudo-cómicas.

Los personajes se producen discreta y sobriamente; son todos directamente arrancados de la realidad; la patrona (papel que desempeña discretamente la señora

Cortés) es una clásica patrona madrileña con sus dos o tres historias indispensables; el usurero es un usurero como hay tantos, trazado en cuatro rasgos; Talmilla (tan sentido y tan bien interpretado por el señor González) es el cómico de provincias, afectado y envidioso; y Bonilla—del que el colosal Bonafé ha hecho una de sus más indiscutibles creaciones—es un tipo definitivo de «pobre diablo.» La acción no puede ser más verosímil; nada hay en ella forzado ni fantástico; un pobre hombre, un inventor ilusorio, una especie de Silvestre Paradox en el teatro, viviendo de fantasías industriales y de crédito amatorio que le otorga noblemente D.ª Nieves, un pobre hombre mísero y bonachón como vemos mil en las calles de toda gran ciudad, a quien un usurero que quiere cobrarle «aquel piquillo» (y que por cierto se lo recuerda muy oportunamente, y definiendo su tipo, al final del primer acto) le vende el favor de gestionarle una credencial; esta credencial pertenece (¿habrá quien diga que es inverosímil que haya credenciales en Gracia y Justicia?) al ramo de Gracia y Justicia y tiene por misión la de ser ejecutor de la última en Sevilla. ¿No tiene que desempeñar alguien la plaza de «ejecutor de la justicia?»... ¿Y no es muy verosímil, dentro de la ironía, con que la Providencia ha dispuesto las cosas, que se dé en la realidad, no ya en la escena, el caso de un pobre hombre bondadoso, de instintos tan poco sanguinarios como Bonilla, que sea obligado a aceptar este papel tan ingrato por atender a su sustento?

Luego hay en la obra de los Sres. García Alvarez y Muñoz Seca algo que no ha visto crítico alguno; una enseñanza ética que «va por dentro», que se desliza discretamente a través de la obra, para que solo un espectador avisado lea entre líneas, la descu-

bra... Esta enseñanza consiste en hacer palpable la paradoja y contradicción que existe entre la fruición con que la sociedad y la magistratura hacen justicia y el desprecio y el descrédito con que esa misma sociedad ¡y aun esa misma magistratura! miran al ejecutor de esa justicia. Hay una frase en el segundo acto, que vale por toda una tésis; es cuando Bonilla dice amargamente, al relatar su llegada a Sevilla: «Lo que más me choca es que el Presidente de la Audiencia me recibió muy fríamente...» Notad que repite la frase para que el espectador la rumie bien; pero el espectador no se hace cargo de ella. ¡Ah, si la frase estuviese en una obra de tesis, de esas que a ciencia y paciencia del espectador se estrenan todos los días por esos teatros de Dios!... Pero, claro está que García Alvarez y Muñoz Seca no incurren en la cursilería de hacer tesis, de lanzar deblateraciones contra la justicia histórica. ¡Oh, no, y Dios les libre de tamaño infortunio! Pero discretamente, y así al vuelo, al pasar, ponen frente a la sociedad un caso cónico... que, cuando se medita bien al salir del teatro, hace llorar. La Condesa de Pardo Bazán ha hecho en *La Piedra angular* un estudio austero, una tesis novelesca, de la misma paradoja que los autores cómicos señalan entre burlas y veras.

Quedamos, pues, en que la obra tiene un fondo moral innegable, no está sustentada a base de cabriolas y payasadas de los actores; los tipos son absolutamente realistas; aun los que más distantes parecen de nosotros por su cosmopolitismo, podemos observarlos a diario, como son la mujer de circo, tan primorosamente *gesticulada* y *hablada* por la gran actriz Adela Carbone, una de nuestras galas del teatro, que lo mismo se adapta a la elegante postura de

condesa-*cocotte* en la Diane des Lys, de *La Princesa Bebé*, v. gr., que a esta pintoresca y alborotada Madame Perrín de *El verdugo de Sevilla*... o el tipo del domador Mr. Sansoni, en que sobresale la siempre acertada caracterización de Pedro Zorrilla.

La risa no brota en esta obra tampoco de los equívocos y retruécanos, a pesar de que haya algunos, muchos de ellos muy discretos, y alguno que otro de menor cuantía; la risa es suscitada pura y simplemente por las situaciones, que es el desideratum de toda obra cómica. Los Sres. García Alvarez y Muñoz Seca, consiguen mantener al auditorio en hilaridad constante; la situación del pobre Bonilla, desde el comienzo al fin, es motivo suficiente de hilaridad, si a ella no diese pábulo la vis cómica de Bonafé y el lenguaje engolado y grotesco de doña Nieves. ¡Ah, otro dato muy interesante: la obra está elegantemente hablada y ya quisieran muchos autores de tesis, de esos que titulan sus obras pomposamente *La ironía del Padre Eterno,* o *Ya no hay justicia en el mundo*, o *La melancolía de la jornada de ocho horas*, o *Lo que nos traen y nos llevan los trenes,* escribir en ese siempre sostenido tono de buen castellano...

Y, sin embargo, al terminar *El verdugo de Sevilla*, que es (repito) modelo de obras cómicas—y notad que por solo ser autor cómico fué Mr. Scribe a la Academia francesa—el público sale sonriendo despectivamente de la obra, considerándola como cosa de poco momento, juzgándola con suficiencia doctoral... Y esto es lo intolerable. ¿A qué obedece ese ambiente ambiguo del público? A la injusta actitud de la crítica, que no quiere apreciar lo sana y buena que es la risa franca, que no quiere convencerse de que el género cómico tiene tanto derecho a la esti-

mación—¡y aun a veces a la inmortalidad!—como cualquier otro género teatral, y de que los Sres. García Alvarez y Muñoz Seca son tan dignos de aprecio en cuanto autores teatrales como el autor de *La sombra del gato azul* o *El misterio de la alcoba malva*, obras policíacas y cinematográficas y de mucho más aprecio que esos autorzuelos pretenciosos y cursis que emplean tres actos en contar las desventuras ridículas de una modistilla con un estudiante...

¿Hay alguna otra causa que contribuya a crear este ambiente a más de la notoria injusticia de la crítica, que reserva su vocabulario de adjetivos selectos para el estreno de *Mimi Pinson que llora*, *Escuela y despensa* o *El contrato mínimo del trabajo?*... Claro que la hay; la cursilería de cierto público pseudo-elegante que se cree defraudado con una obra *que solo le haga reir*, (¡no es poco, amigos míos, en estos días luctuosos!) y que si acaso, limita su aprobación a una sonrisa entre despectiva y burlona, entre suficiente y necia... ¡Ah!... Porque ya todos sabeis que reir no es elegante, y sobre todo, reir franca y estrepitosamente, a carcajadas, en obras que nos causen deliciosa impresión de jovialidad.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

P. S.—Ayer me topó en la calle un autor que lleva veinte años queriendo estrenar y veinte años de perpetuas discordias conyugales. Veinte años de mal casado y de incomprendido, por los empresarios y por su mujer. Se me lamentó amargamente de que yo dedicara mi brillante pluma—brillante, así dijo; a él

le dejo la responsabilidad del epíteto—a comentar frivolidades como *El verdugo de Sevilla;* luego poniendo torvo ceño y faz lúgubre agregó: Ya sé, ya sé que se reía usted mucho el día que la vió usted en la Comedia. ¡Qué vergüenza! ¡Qué falta de seriedad!... Así está la crítica en España...

Interroguele al fin sobre sus planes de teatro y me narró emocionado cómo ¡al fin! después de veinte años de lucha el hombre podrá ver la luz de las baterías y su sueño será cumplido, estrenando una obra inédita, original ¡y tan original! y de gran actualidad. En ella hay toques de acerba censura para los males sociales de los tiempos «que corremos», dice él en muy mal castellano, y se dirigen certeros flechazos al presupuesto de reconstitución nacional. (El autor es de Valladolid y muy amigo de don César Silió). La originalidad del drama está en que para sustentar mejor su tesis y vigorizar sus aceradas diatribas, el dramaturgo hace que un actor lea en el escenario los Presupuestos generales del Estado para el ejercicio económico de 1917-1918. «¡Como usted comprenderá—me dijo al llegar aquí—el drama no es una de esas chirigotas burdas que se estrenan a diario!...» Pareciéndole poco expresivo un solo título, el autor le ha puesto dos y así rezará en los carteles dentro de muy pocos días: *Lo imposible de la vida o la ley de Subsistencias.*

Siendo el galardón de la Academia Española harto frívolo para espíritu tan austero, me ha dicho su autor en confianza, que si la obra tiene éxito,—como de fijo lo tendrá—piensa pedir el ingreso en el Instituto de Reformas Sociales.

Madrid, 10 Noviembre 1916.

ACTO PRIMERO

Comedor de la casa de viajeros «La Locomotora.» Una casa de huéspedes barata, de manera que el mobiliario es sencillo y chapeado. Una mesa, como para ocho personas en el centro, sillas a granel, alguna butaca, si cabe; un aparador entre las dos puertas del fondo, un trinchero entre las dos puertas del lateral, derecha y un reloj antiguo de esos de caja entre las dos puertas de la izquierda. Como se ve hay seis puertas. La que simula conducir al recibimiento es la del fondo izquierda. La acción es en Madrid, en la época actual, en el mes de Abril y a la una y veinte de la tarde.

—

(Al levantarse el telón estan sentados a la mesa y acabando de comer, SINAPISMO, un picador de toros andaluz y calvo; TRESSOLLS, un catalán como de cuarenta años, bien portado; ISMAEL, joven abogado un tanto apurado de indumentaria, y JACOBITO, estudiante de medicina. Sirve la comida, MODESTA, doncella agradable y apetitosa.)

Tres. (Enfadadísimo, dando a puño cerrado sobre la mesa.) ¡¡Refeliú!! ¡Esto ya no se puede tolerar! Llevamos mes y medio de sopas ligeramente semoladas, arroz con raspas de merluza, tortillas de camarones y unos filetes, que se los manda vosté a un amigo bajo sobre con un sello de quince... ¡y llegan!

Ism. (Con un filete en la mano.) Y que a simple vista parecen de linoleum, pero son más duros que el hormigón armado. Fíjense ustedes. (Golpea con el filete en la mesa y parece que golpea con los nudillos.)

Mod. Señorito, que va usted a romper el tablero.

Ism. Mira, toma, dile a doña Nieves que guarde estos filetes para echarle tapas a los tacones.

Jac. Sí, es lo mejor. (Devuelven los platos.)

Ism. ¿Qué postre hay?

Mod. Bizcochos borrachos. (Los sirve.)

Tres. (Contrariadísimo.) Vengan, hombre, vengan; ¡qué se le va a hacer! Llevamos catorce días de bizcochos borrachos.

Sin. (Por el que tiene en el plato.) No lo crea usté; a éste hace ocho días lo menos que se le ha pasao la tajá Es una piedra pómez. (Risas. Modesta hace mutis por la primera puerta de la derecha.) ¡Señores, qué fonducho! Y desía mi mataó que esta casa estaba al rás del Riz y que se comía aquí mejón que en Grillo del Palas.

Tres. Sí, sí. Y eso que usted no puede quejarse, porque usted, si no come, al menos dormita, pero a mí me han colocado en la habitacion de junto a esa señora que trabaja en el Circo, exhibiendo veinte perros amaestrados y en cuanto me echo a dormir, como yo ronco fuerte ¿sabe?, pues se asustan los animalitos y no querra vosté saber con qué algarabía ladran.

Sin. Calle, usté, por la Virgen de Utrera, señó catalanista, que antinoche estuve yo por levantarme y prinsipiá a tiros. Se conose que se equivocaron de cuarto los animales y tuve dos perros a la puerta e mi habitasión, más de dos horas, guau, guau, guau, guau, que era er delirio. Fué una nochecita de perros que ya, ya.

Jac. Y menos mal que sólo tiene tres perros en la casa, porque los diecisiete restantes están en el Circo al cuidado de ese negro que trabaja con ella.

Ism. Ah, sí; Hollín. Bueno, pero todo puede soportarse menos la comida.

Sin. ¿Ustedes saben lo que me pasó a mí er jueves?

Jac. ¿El jueves?

Sin. Sí, hombre, que pusieron pa almorsá riñoñes al broche.

Tres. Ah, ¿pero aquellos trozos de antracita eran riñones?

Sin. Eso me dijo doña Nieves; bueno, pues a la hora y media tenía yo unos dolores en toa la tragaera, sobre to aquí, debajo e la nué, que no tuve más remedio que di a casa der médico. Y el asombro del tío, cuando entro y le digo: ¿a vé que jase usté conmigo porque tengo los riñones aquí? (Por la garganta. Risas.)

Tres. Pues ¿y aquél pescado del lunes que nos lo presentaron muy adornadito con papeles risados?

Jac. A mí me dijo la patrona que era bonito.

Sin. No, si de presentación era bonito, pero pa mí que eran arencones de cuba, porque me dieron una sed que me pasé toda la noche soñando con el Cantábrico. (El reloj de la izquierda comienza a dar campanadas que no para.) Ya está otra vez el relojito Ande usted, amigo Canales, usted que lo entiende.

Ism. Sí, señor. (Se levanta, abre la caja, urga dentro y deja de sonar el reloj.)

Jac. Y qué, amigo Sinapismo, ¿va usted ahora a Sevilla a picar las corridas de feria?

Sin. No, señó, y lo siento, porque va mi mataó, pero no pué sé. Aquí don Ismael sabe la causa.

Tres. ¿Y qué es ello?

Sin. Na, que trés parientes míos que se dedicaban al contrabando, tuvieron hace un año una tramolina con los del consumo y despacharon a cinco consumeros.

Jac. ¡Qué barbaridad!

Sin. Ahora se ha visto la causa y como el asunto se presenta muy malamente y es posible que vayan ar palo, no quiero yo está en Sevilla er día de la catástrofe, porque ar fin y ar cabo son de la familia.

Ism. Hombre, aquí tengo yo la *Sevilla Ilustrada* que trae los retratos de los interfectos. (Desdobla el periódico.) Aquí están. Juan José Conejo Pérez, José Luis Conejo García y Juan Antón Molina Conejo, protagonistas de la batalla campal del Baratillo. Estos Conejo deben ser primos ¿no?

Sin. Primos son y les agradecería a ustedes que hablásemos de otra cosa, porque aunque poco, acabo de comer y, vamos, la verdá, no me gusta er bicarbonato.

Jac. Hombre, y apropósito de primos, señor Tressolls, ¿es verdad que el simpático Bonilla sale para Andalucía esta tarde por cuenta de usted?

Tres. (Después de lanzar una carcajada.) Sí, hombre, sí. Esta tarde se va en el botijo de Semana Santa.

Ism. Pues nos vamos juntos entonces.

Tres. (Vuelve a reir.) Caray con Bonilla. ¡Refeliú, qué tío! Es la única persona que a mí me ha hecho reir en este mundo.

Ism. Ayer me dijo que estaba ahora inventando, por encargo de un zapatero, una plantilla chubesqui contra los sabañones. (Ríe Tressolls.)

Jac. Es un hombre fantástico. Desde que supo que yo estudio medicina, no hace más que decirme que le está dando vueltas a un laringoscopio gramofónico para que el aparato al introducirse en la garganta, diga «Anginas catarrales», «Bronquitis aguda», «Garrotillo», según los casos. (Nueva risa de Tressolls.)

Ism. Lo más maravilloso de Bonilla es el anestésico para pescar ballenas. (Risas.)

Sin. El otro día me explicó a mí ese invento y me se rajó la boca de reirme. Me decía, mire usté, amigo Sinapismo, se trata de una jeringa jigante que juega a presión. Se ve en alta mar al cetáceo, se le jeringa bastante y pasado un cuarto de hora, salta la ballena, queda luego adormilá y entonces el barco se acerca tranquilamente y la despedaza. (Risas.)

Tres. Bueno, yo me río, pero no dejo de reconocer que el señor Bonilla es un genio inventivo de primera fuerza. Yo creo que ha encontrado por fin su filón y que mutuamente nos vamos a hacer millonarios. (Confidencial.) Ahora lo mando yo a Andalucía para explotar unos polvos mágicos que ha descubierto para matar roedores y que es un negocio de fábula.

Ism. ¿Es posible?

Tres. Como que es aplicable, si se quiere, contra la langosta, mosquitos, ratas, correderas y demás coleópteros molestos.

Jac. ¡Caramba!

Tres. Sí, señor. Como yo en el discurrir voy más allá que el amigo Bonilla, al saber de sus propios labios el descubrimiento, me asaltó al cerebelo una idea que se me desarrolló y dentro de pocos días se va a poner en práctica.

Ism. ¿Y de qué se trata, si no es indiscreción?

Tres Verá usted, es una idea digna de Diógenes. Enterado yo por la prensa de que en las huertas del Guadalquivir y en una extensión de muchos kilómetros hay una plaga enorme de liebres y conejos que se comen las hortalizas y no saben cómo exterminarlos y al saber por Bonilla que esos polvos que ha descubierto matan a los roedores, pero no son nocivos para el organismo humano, me dije; tate, envío a Bonilla a la ciudad de la chirigota, provisto de las cajas mortíferas, se pone él de acuerdo con los hortelanos, cobra una crecida cantidad por la extinción de los roedores, espolvorea los campos, mueren los conejos a racimos y unos hombres asalariados para la coja, no tienen más que llenar surrones y surrones y enviarlos a todos los mercados importantes.

Ism. Eso va a ser un río de oro.

Tres. Eso va a ser una catarata de pesetas.

Jac. Pues me alegro, hombre. A ver si el pobre Bonilla sale de su precaria situación.

Nieves (Por la primera puerta de la derecha, seguida de MODESTA. Nieves, dueña de «La Locomotora», es una señora como de cincuenta años, muy conservada, muy simpática, más viva que un rayo y andaluza. Modesta, durante esta escena, quita la mesa y coloca sobre la misma un tapete.) Bueno, eso que me ha dicho Modesta, no lo creo. Ustedes han devuelto los filetes no por correosos, sino porque después del arró con berengenas que les he puesto, no les cabe.

Tres. Es que...

Nieves Nada, nada; está dicho. Como que siempre

que he puesto yo arró me han dicho los huéspedes que se han tenido que quitá cuatro puntos de la correa, porque hay que ver la millonada de granos que acostumbro a poner cuando toca arró en el menú.

Sin. Que es to los días.

Nieves Como que yo he tenido aquí de huésped a Papús, recién salido de la urna, con una debilidá que me fué a decir: «la comida, por favor», y dió un bostezo que tuvo la boca abierta treinta y cinco minutos. Bueno, pues le puse arró y tampoco pudo comerse el filete.

(Vase Modesta.)

Sin. Pos si yo bostezo ahora, después del arró, me tienen que serrá la boca con una prensa.

(Risas. Comienza el reloj a sonar como antes.)

Nieves (Riendo.) Este Sinapismo tan grasioso como siempre. ¡Ay! Qué condenación de reloj. Me tiene frita. Esta noche me ha hecho levantar cuatro veces. Porque empieza a campanear que no para. Y menos má que no suena el cuco. (Lo hace callar.) Porque aquí, donde ustedes lo ven, es cuco.

Sin. Bueno, señores: ¿quién se viene pa el centro?

Tres. Un servidor.

Sin. Arzando. Le convido a café.

Jac. ¿Se puede pegar uno?

Sin. Se puede usté pegá hasta hacerse daño. Hasta ahora.

Tres. Hasta luego.

Jac. Buenas tardes. (Toman sus sombreros y se van por el fondo izquierda.)

Nieves Adiós.

Ism. Yo también me voy, que tengo que comprar unos encarguitos para Sevilla.

Nieves ¿Se marcha usted por fin esta tarde?

Ism. Sí, señora; me ha mandado a llamar mister Hames, un inglés, director de la casa Hames Koles, de la que soy abogado en Madrid. Ha ido a Sevilla a pasar la Semana Santa y desea verme.

Nieves Pues yo quisiera hablar con usted un momento, don Ismael. Una consulta de clienta.

Ism. Con mucho gusto. (Consulta el reloj.) Tengo tiempo. (Se sienta.) Usted dirá, doña Nieves.

Nieves (Sentándose.) ¡Ay, no sé cómo empezar, señor Canales, porque la revelación que voy a hacerle es de una gravedad y de una delicadeza, que es más para un confesor que para un abogado.

Ism. Me interesa usted, señora.

Nieves No creí nunca que me viese obligada a hacer esta confesión, que por un lado me abochorna y por otro me colorea.

Ism. Hable sin temores. Cuanto me diga usted caerá en un pantano.

Nieves Le voy a contar un melodrama, señor Canales.

Ism. Me pone usted la carne de gallina.

Nieves Usted sabe, don Ismaelito, que yo tengo una hija.

Ism. Sí, señora, Presentación; una muchacha lindísima por todos conceptos.

Nieves Un ciclón de gracias. Pues bien: a Presentación me la ha pedido en matrimonio don Rozendo Pérez Galofre, para su hijo Rozendito Pérez Bayón, primogénito de la familia, que a más de poseer una inmensa fortuna ha terminado con nota de sobresaliente la carrera de perito mercantil.

Ism. Mi enhorabuena, doña Nieves.

Nieves Tantísimas. Pero .. va a empezar el drama, don Ismael.

Ism. ¡Caracoles!

Nieves Don Ismael, yo hace veinte años, tenía veinte años menos.

Ism. Matemático.

Nieves Quiero decirle que tenía menos experiencia y menos mundo que en los momentos actuales.

Ism. Logiquísimo.

Nieves (Avergonzada.) Pues lo que pasa, señor Canales; la historia de cuatro millones y pico de jóvenes inexpertas y más o menos desvalidas. Yo conocí a un artista de circo, que levantaba un carro de mudanza, sin mudanza, naturalmente, unas veces con los homoplatos y otras con la caja toráxica, ¡qué hombre!, había que aplaudirle a la fuerza. Le ví trabajar en una gran gala, y a qué negarlo: me impresionó. Concurrí a doce fas-

hionables más, logré que él se fijase en mí y a los catorce meses se fué a Washington jurándome volver para casarse conmigo y diciéndome al partir con lágrimas en los ojos: «Vela por lo que nazca.» (Se cubre la cara ruborizada.)

Ism. Comprendido.

Nieves Nos carteamos, y a los cinco meses (Suspira.) al comunicarle yo que era padre de una hermosísima niña, me contestó otro artista, amigo suyo, un excéntrico notabilísimo, que hacía juegos malabares a un mismo tiempo, con una bala de cañón, una esponja y un cacahué.

Ism. ¡Vaya un tío!

Nieves Me contestó diciéndome que el pobre Sansoni, así se llamaba el atleta, al levantar una noche dos pianos Pleyel y un media cola, se le cayó encima el de arriba y ¡figúrese usted!

Ism. ¡Pobre hombre!

Nieves Yo estuve entre la vida y la muerte sólo de pensar que mi pobre hija no iba a tener padre ante la ley, pero un día se me presentó el vecino de al lado, un pobre hombre que se enteró de mi desgracia, y besando tiernamente a mi hija, me dijo: «Nieves, enjugue sus lágrimas. Sé que aún no ha inscrito usted a su hija en el Registro Civil por vergüenza. Hágalo usted en seguida. Yo seré su padre ante la ley humana y su hija tendrá dos apellidos. Besé en la frente de aquél santo varón y aquella misma tarde quedó la niña inscrita como hija suya e hija mía.

Ism. Tiene usted razón; aquél hombre era un santo.

Nieves Y lo sigue siendo y lo será mientras aliente. Un santo a quien aniquila la desgracia y el hado adverso se complace en hacerle apurar la copa amarga donde sorben los mártires.

Ism. ¿Y quién era ese hombre, si puede saberse?

Nieves Bonifacio Bonilla.

Ism. Debí suponerlo. Ese rasgo noble, sólo puede caber en un corazón como el suyo, que es grande como el caos.

Nieves Luego supe que no era la primera vez que

realizaba un acto semejante y que sólo por bondad tenía reconocidos dos hijos más.

Ism. Es único en el globo. Pero, vamos, todavía no distingo el drama.

Nieves El drama es horroroso. A Bonilla no volví a verle en mucho tiempo porque marchó al Senegal acompañando a dos misioneros que iban a convertir senegaleses. Y hace dos años se me presentó que daba lástima. Yo le ofrecí mi casa con todo cariño, él aceptó con lágrimas en los ojos, y desde entonces se dedicó a inventar cosas raras para no serme gravoso.

Ism. Pasará al martirologio, no lo dude usted.

Nieves En esto se preparó la boda de mi hija con Rosendito; Bonilla iba a dar gustosísimo el consentimiento como padre legal, pero... Aquí se levanta la cortina para el drama, don Ismael. Sansoni, el atleta, no había muerto. El piano, por lo visto, no le aplastó, no hizo más que tocarle.

Ism. ¡Qué suerte!

Nieves Y ayer, al cabo de veintiún años, cuando ya le tenía olvidado por completo y la fortuna me sonreía, he recibido esta carta. (Le da una carta.) Léala usted.

Ism. ¿A ver? (Lee.) «Barcelona. Idolatrada Nieves. He *desembarcato* procedente de California y y *domani* tendré el *piacere* de estrecharte entre mis brazos, aún hercúleos. He sabido por un huésped que tuviste cinco años en tu *maison*, que eres un ángel de bondad y que nuestra *figlia* es *altro tres yolie* y como me encuentro *fatigati* de tanta gimnasia y sólo anhelo la paz de un hogar *tranqüilo* donde acabar mis dias, dentro de una *semaine* mi hija tendrá un *pere* que no tiene y tú tendrás un amante esposo que se pondrá al frente de «La Locomotora» para que tú descanses, que te lo has ganado. *All right.*» Qué manera de mezclar los idiomas. «Perdona mi largo silencio, pero si no te he escrito en estos veinte años ha sido por falta material de tiempo. Prepárate a ser feliz. Tu rendidísimo, Sansoni.» (Devolviéndole la carta.) ¡Señora, qué conflicto!

Nieves ¿Empieza usted a ver el melodrama? Cuando llegue este hombre y se encuentre conque su hija, siendo su hija, no puede ser nunca su hija, porque es hija de otro, de quien no es hija...

Ism. Mefistofélico.

Nieves Y no es eso lo peor, sino que tampoco puedo casarme con Sansoni.

Ism. ¡Reyugo! ¿Por qué?

Nieves Porque hace dos días, precisamente, los padres de Rosendito me rogaron que me casara con Bonilla para que Presentación ascendiera de natural a legítima.

Ism. Cosa legítima y natural; ¿y usted?...

Nieves Yo les juré por la memoria de mis padres que antes del casamiento de mi hija con su hijo se verificaría el mío con Bonilla.

Ism. ¿Y sabe Bonilla?...

Nieves ¿Para qué? Lo del casamiento le parecerá de perlas, porque es un santo. Lo de Sansoni no he querido decírselo para evitarle preocupaciones.

Ism. Señora, qué laberinto.

Nieves ¿Qué me aconseja usted que haga?

Ism. Aguarde usted un momento, porque no crea usted que la consulta es fácil. De manera que su hija de usted es hija de Sasoni, pero resulta hija de Bonilla.

Nieves Sí, señor.

Ism. Y Sansoni que es el padre quiere casarse con usted para reconocer a su hija, que ya está reconocida por su padre que no es su padre.

Nieves Así es.

Ism. Pero los padres del novio quieren que se case con usted Bonilla, que es el padre, aunque no es el padre, porque ignoran que Sansoni, que es el padre, viene dispuesto a casarse con usted creído que como padre de su hija puede reconocer a su hija como padre.

Nieves En efecto. ¿Qué juzga usted que debo yo hacer?

Ism. Señora, no sé lo que le aconsejaría Papiniano si viviera, pero yo... le ruego que para desenvolver este lío me deje cinco meses por lo

menos. En menos tiempo, acabaría en un manicomio.

Nieves ¡Por Dios, don Ismaelito, que va en ello mi tranquilidad y acaso la vida del pobre Bonilla!

Ism. ¿Cree usted?

Nieves Sí, señor; temo por él. Sansoni hace veinte años era muy bruto; figúrese lo que habrá ganado en brutalidad durante tantos años de gimnasia.

Ism Tiene usted razón.

Pres. (Dentro.) ¡Mamá!

Nieves Silencio; mi hija.

(Por la primera puerta de la derecha entra en escena PRESENTACIÓN, monísima criatura de veinte años, más tonta que Lepe.)

Pres. Mamá... Muy buenas, señor Canales.

Ism. Buenas tardes, Presentita.

Nieves ¿Qué quieres?

Pres. Dice Modesta... Con su permiso, señor Canales.

Ism. Usted lo tiene, pimpollo.

Pres. Dice Modesta que cuál va a ser el menú de esta noche.

Nieves Pues... sopa de sémola, la tortilla de siempre y que pique para albóndigas los filetes que han devuelto los huéspedes al medio día.

Pres. Está muy bien. ¡Ah! En la cocina está el criado negro de madam Perrin y dice que su ama ha tenido una bronca espantosa con el empresario del Circo y que la han despedido.

Nieves ¿Qué tenemos nosotras que ver con eso?

Pres. Es que dice el negro que tiene que traer a casa los diez y siete perros que están en el Circo y desea saber dónde los coloca.

Nieves No, hija; eso de ninguna manera. Le he consentido tres, pero más no. (Se levanta.) ¡Estaría bueno! ¡Veinte perros!

Pres. Habla tú con Hollín.

Nieves Ahora mismo. Con su permiso, don Ismaelito. Voy a arreglar un asunto de la domadora de perros, que se ha creído que mi casa es una hucha. (Haciendo mutis con Presentación por la primera puerta de la derecha.) Pues hija, no faltaría más. (Se van.)

Ism. (Abismado.) Para que luego hablen de los folletines. La historia de doña Nieves la publica Conan-Doyle y dice la gente: «Qué tío más embustero.»

(Por el foro izquierda entra en escena VALENZUELA un tío como de cuarenta años, muy requeteblén vestido y alhajado, pero achuladísimo.)

Val. ¿Se puede?

Ism. (¡Atiza! ¿A qué vendrá aquí este tío criminal?)

Val. He dicho si se puede.

Ism. ¡Caramba, señor Valenzuela! ¿Usted por esta casa?

Val. Vengo en busca del señor Bonilla a quien me urge ver.

Ism. Seguramente no tardará: tome usted asiento.

Val. (Sentándose.) Muchas gracias. Pues, sí, señor; aquí donde usted me ve, le traigo un destino a ese infeliz.

Ism. ¿Usted? No lo creo.

Val. Claro que el destino tiene su martigalita.

Ism. Ya decía yo.

Val. Martingala que consiste en que el sueldo íntegro lo he de cobrar yo hasta indemnizarme de las cuatro mil pesetas que me adeuda.

Ism. Pero, cómo; ¿Bonilla le adeuda a usted esa cantidad? Me deja usted aterido.

Val. Sí, señor; bueno, no fueron para él, pero el caso es igual porque él garantizó su pago.

Ism. ¡Ah!

Val. Verá usted: a mí se me presentó un día el señor Bonilla diciéndome que un amigo suyo, ingeniero mecánico, había ideado un tupi eléctrico que se iba a denominar «Exhalación Tupi», en el que todo se iba a servir por la electricidad y en el que mediante una perra gorda que depositaba usted en un aparato, este echaba café, caía un pitillo, salía una llama para encenderlo, la plataforma en donde usted se colocaba le limpiaba automáticamente las botas y una bocina colocada *ad-hoc* le decía a usted al marcharse: «que aproveche, caballero.»

Ism. ¡Qué espanto!

Val. Y no era eso sólo, porque de la propia bocina caía un tique perfumado que decía:

«Reuniendo doscientos tiques como este, tiene usted derecho a un pasaje para la Isla de Cuba por si desea visitar el ingenio donde se cría este riquísimo Moka.»

Ism. Me deja usted perplejo.

Val. Yo, la verdad, quedé entusiasmado, porque me dije, la gente se mata por ir a este tupi. Fuí con Bonilla a ver al ingeniero, éste me enseñó los planos que eran un portento y le entregué cuatro mil pesetas para la construcción del primer aparato.

Ism. ¿Y no dió resultado?

Val. Calle usted, hombre. A los dos meses ni Bonilla ni yo volvimos a saber de aquel individuo que ni era ingeniero, ni mecánico, sino un sinvergüenza más largo que el Misisipí.

Ism. ¡Atiza!

Val. Pero no se apure usted Ese canallita no se irá sin lo suyo. Ya me conoce usted.

Ism. Un rato.

Val. Pero como entretanto no iba yo a quedarme sin hacer efectiva esa cantidad, porque si yo pierdo cuatro mil pesetas estiro la pata de un colapso, me puse a pensar y al cuarto de hora tenía la solución. Me fuí a ver al señor Piñana, secretario del Ministro de Gracia y Justicia, y persona que si le mando volar... monoplanea, le expuse el caso y le pedí para el señor Bonilla una credencial sin oposición y con un haber decentito. El amigo Piñana prometió servirme a la primer vacante y ayer me llamó, me entregó un pliego y me dijo: «Esto es lo más lucido que puedo darle. Que firme en este pliego la toma de posesión para que empiece usted a cobrar en seguida, y la Real orden de nombramiento saldrá mañana en la *Gaceta.*» Y en efecto, hoy ha salido.

Ism. ¡Pobre Bonilla! Tener que trabajar para el Obispo.

Val. Gracias por el episcopado, pero le advierto a usted que trabajo tiene muy poco. A lo sumo un día cada tres años.

Ism. ¡Caray! ¿Pues qué clase de destino es ese tan descansado?

Val. Ejecutor de la justicia.

Ism. (Saltando en seco.) ¡¡Regarrote, señor Valenzuela!!

Val. Como usted lo oye. Ejecutor de la justicia con destino a la Territorial de Sevilla. Siento que no le hayan nombrado director de Penales, pero no había otra cosa y yo me tengo que cobrar sea como sea.

Ism. ¿Pero usted cree que el señor Bonilla va a aceptar ese ignominioso destino?

Val. ¿Pero usted cree que yo me chupo el pulgar? ¡Vamos, hombre! Yo le digo que le traigo un destino de dos mil pesetas, y él, que está deseando pagarme, porque a bueno y honrao no hay quien lo aventaje, firma la toma de posesión como en un barbecho y me firma una carta para el habilitado para que yo cobre hasta indemnizarme. ¡Natural! Y si me pregunta qué clase de destino es, le digo que lo lea en la *Gaceta*.

Ism. ¿Pero no comprende usted que eso es matar al señor Bonilla?

Val. Nadie se muere hasta que Dios quiere.

Ism. Tiene usted razón, pero vamos, cuando se entere de que es verdugo, con lo apocadísimo que él es, bueno, no va a haber en las farmacias anti-espasmódicos bastantes para hacerle volver del desmayo.

Val. ¡Bah! Cobrando yo...

Ism. (Consultando su reloj.) Caramba: que tengo que hacer unos encargos y se me hace tarde. Con su permiso, señor Valenzuela.

Val. Usted lo tiene, amigo Canales.

Ism. (Cogiendo el sombrero.) (Este tío es un malvado. Buscaré a Bonilla para que no se deje sorprender. Dijo que iba a Fomento. Tomaré un coche.) A sus órdenes.

Val. Vaya usted con Dios. (Vase Ismael por el foro izquierda.) Yo no me muevo de aquí hasta no llevarme firmada la toma de posesión.

Nieves (Por la derecha, primer término.) Usted me perdone don Ismaelito... ¡Ah! Usted me perdone, caballero.

Val. (Levantándose.) Don Ismaelito acaba de marcharse. Yo, estoy aquí aguardando al señor Bonilla a quien le traigo un destino.

Nieves ¿Un destino?... ¡Jesús!... (Por la silla.) Continúe en la vitoria, caballero.

Val. (Sentándose de nuevo.) Con su venia.

Nieves ¡Un destino! ¡Bonilla empleado! ¿Desea usted tomar algo, una copita, una mantecada?...

Val. Gracias: soy parco.

Nieves Caramba, qué contento se va a poner; porque crea usted que al pobre jamás se le ha arreglado nada que tenga fundamento. Y ahora le surge este destino. Así es la vida; cuando creemos estar al borde de un abismo, una mano bienhechora nos coloca sobre una senda de flores. Y diga usted; el destino será modesto, ¿verdad?

Val. Dos mil pesetas.

Nieves ¡Canastillas! Pues es un sueldo casi pingüe. Yo creí que se trataba de algunas dos pesetas diarias. ¡Oh! Este Bonilla, a última hora nos va a resultar un hombre con suerte. ¡Calle! Han llamado. Es él.

Val. Yo no he oído nada.

Nieves Es que el acostumbra a oprimir muy débilmente el botón para no hacer mucho ruido. Hasta en los menores detalles revela su delicadeza y su bondad.

Val. Es cierto, señora. Como bueno es una mayonesa. Yo soy justo y lo reconozco. A Dios lo que es de Dios y al César lo que le corresponda.

Nieves Aquí está.

(En efecto, en la puerta del foro izquierda se detiene BONILLA. Este Bonilla, hombre de cincuenta años es de una educación, de una bondad y de una afabilidad encantadora. Tiene cara de justo, sonrisa de bueno, voz de santo y resplandor de mártir. Su aspecto inspira la más profunda simpatía. Viste bastante mal. Todo le está grande, el sombrero, la americana, hasta las botas.)

Bon. ¿Autorizan?

Nieves Adelante, señor Bonilla.

Bon. (Entrando.) Con todo permiso. Muy buenas tardes. ¡Caracolas! ¿Usted aquí, señor Valenzuela?

Val. Sí, señor, he venido a buscarle

Bon. Hombre de Dios, ¿por qué se ha molestado? Un aviso por el teléfono de la farmacia o

un continental y yo hubiera ido a su casa vertiginosamente. ¡Válgame Dios!... ¡Oh, doña Nieves! Mil perdones: ¿cómo sigue usted desde hace hora y media?

Nieves — Muy bien, Bonilla, muchas gracias.

Bon. — Siéntese, señor Valenzuela.

(Se sientan.)

Nieves — (A Bonilla.) Qué, ¿arregló usted lo de la patente?

Bon. — No, señora; vengo desoladísimo. En esto de los inventos me persigue la fatalidad con un acoso parecido al del galgo a la liebre. (A Valenzuela) Ya ve usted, después de treinta vigilias discurrí una ratonera fonográfica que yo creí que me daría excelentes resultados, y no he podido patentarla por existir un aparato similar.

Val. — Qué me cuenta usted.

Bon. — Sí, señor. Mi moderna ratonera mecánico-parlante consiste en una pequeña caja gramofónica, a la cual se la da cuerda, se la pone en la cocina y se pasa toda la noche maullando en tres tonos distintos; miaú en sol, miaú en sí y miaú en mí. Claro, que esto no caza a los ratones, pero de que no sale uno, pongo el cuello.

Nieves — ¿Y había ya otra cosa parecida?

Bon. — Sí, señora: y más práctica. Una cerradura de seguridad, también gramofónica, que al introducir en ella una ganzúa o cualquier llave que no sea la del aparato, comienza éste a gritar: ¡Canalla! ¡Ladrones! ¡Sinvergüenzas!... O a ladrar furiosamente según se destine para la Corte o para el cortijo. Una maravilla.

Val. — ¡Lo que se discurre!

Bon. — Diga usted mejor, el poco dinero que se acuña. Pero, en fin, tan acostumbrado estoy a ver a la fortuna el surco de la espina dorsal, que las mayores catástrofes las recibo con una plácida sonrisa.

Nieves — Pues hoy, amigo Bonilla, la fortuna le va a enseñar un costado. La fecha de hoy la apuntará usted en un puño y guardará usted el puño en la cómoda como guardan los amantes el pelo de su amada.

Bon. ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué quiere usted decirme, doña Nieves? ¿A qué viene ese guarda pelo?

Val. La señora, metafóricamente, le ha querido decir que puede usted hoy arrancar la hoja del almanaque, tachar la efemérides y poner en su lugar: «Bonifacio Bonilla nace a la vida burócrata del probo empleado. Así lo quiso el destino.»

Bon. No les entiendo una palabra.

Val. Ea, pues claro del todo: he conseguido para usted un destino.

Bon. (Levantándose, juntando sus manos y elevando sus ojos al cielo.) ¡Dios es justo!

Val. Un destino de dos mil pesetas.

Bon. (Como antes.) ¡Dios es infinito!

Val. Y traigo aquí extendida la toma de posesión para que me la firme.

Bon. (Como antes.) ¡Dios es un ángel!... Digo no... ¡Dios es un santo!... Bestia de mí que no sé lo que me digo. ¡Dios es Dios!

Nieves ¿Ve usted, amigo Bonilla, como la bondad obtiene siempre un premio?

Bon. La mía estaba bien pagada con un accesit, señora. ¡Gracias, señor Valenzuela!

Val. Pues si es usted tan amable que quiere firmarme la toma de posesión y esta cartita para que el habilitado me abone mensualmente su sueldo hasta enjugar ese piquillo... (Saca unos papeles.)

Bon. ¿Cómo no, señor Valenzuela? Usted dispone.

Val. Ahí va mi estilográfica. (Le da una pluma.)

Bon. Una millonada de gracias. ¿Dónde?

Val. Aquí.

Bon. No veo de emoción. (Firma.)

Val. Ahora la carta. (Firma Bonilla nuevamente.) Muy bien.

Bon. ¿Y el cargo?

Val. El cargo no sé a derechas lo que es. Puede usted leerlo en la *Gaceta,* donde se inserta la Real orden de nombramiento. Sé que corresponde a Gracia y Justicia y que el destino tiene usted que desempeñarlo en Sevilla.

Bon. ¡En Sevilla! ¡Oh, qué extraordinaria casuali-

dad! Justamente marcho a Sevilla esta misma tarde.

Nieves ¿Usted?

Bon. Sí, señora; voy a explotar uno de mis inventos por cuenta del señor Tressolls. Pensaba haber estado allí sólo unos días, pero ahora tendré que fijar en Sevilla mi residencia.

Nieves (¡Qué contratiempo!)

Bon. ¿Y cuándo cree usted que entraré en funciones? Porque no me gustaría caer en falta.

Val. Ya le avisarán. Usted se va a Sevilla, pide la *Gaceta,* y con ella y la cédula personal se presenta en la Audiencia, habla con el Presidente y le dice: «Aquí estoy a sus órdenes; dígame usted lo que tengo que ejecutar.»

Bon. Muy bien: perfectísimamente.

Val. Bueno, pues no hay más que hablar. (Despidiéndose.) Señora, Diocleciano Valenzuela: adelantos sobre pensiones vitalicias, hipotecas y préstamos con buenas garantías; Eduardo Dato, 22, tiene un novísimo siervo.

Nieves Caballero, Nieves Cañizo, aquí, en «La Locomotora», Melquiades Alvarez, 21, gran casa de viajeros, me tiene a sus órdenes.

Val. Muchas gracias. Amigo Bonilla, mi más cordial...

Bon. Señor Valenzuela, seis generaciones de agradecimiento. (Se abrazan.)

Val. Muy suyo. (A Nieves.) No se moleste, señora.

Nieves Tuviera que ver. (Mutis de ambos por el foro.)

Bon. (En actitud de orar.) ¡Gracias, Dios mío! Yo te prometo desempeñar este destino con todo entusiasmo y con todas mis fuerzas, para que ese pobre hombre cobre hasta la última peseta que por carambola le adeudo. Es de justicia. Tú, que estás en todo, me has proporcionado también este negocio de matar los conejos para que pueda yo vivir mientras él cobra.

Nieves (Entrando muy satisfecha.) Querido Bonilla.

Bon. Doña Nieves.

Nieves Aunque me contraría, y no poco, su repentina marcha, por algo que ahora no puedo

decirle, le anuncio que dentro de breves días, mi hija y yo iremos a Sevilla para que resolvamos un asunto de trascendental importancia.

Bon. ¡Caracolas, doña Nieves!

Nieves Se trata de la felicidad de mi hija.

Bon. Usted sabe que yo para usted soy un terranova.

Nieves Me alegra su mejoría de posición social, no sólo por usted, sino porque desde ahora mi hija no es ya la hija de un quidan, sino de un alto empleado de Gracia y Justicia. Voy a decir que le sirvan a usted un consomé con un par de yemas y una copita de Fino Rivero.

Bon. No, doña Nieves, no. Lo que me han dado ustedes siempre, mis sopitas de ajo y mi vasito de agua.

Nieves De ninguna manera. Además, enviaré a la criada a la Mallorquina para que le traiga una cesta surtida para el viaje.

Bon. Doña Nieves, que eso es demasiado.

Nieves Hasta ahora. (Mutis por la derecha primer término.)

Bon. (Mirando a la altura.) ¡Me colmas de venturas, Dios mío! No soy acreedor a tanta gracia ni a tanta justicia. (Queda rezando y mirando al techo.)

Sin. (Por el fondo. Viene más quemado que el humo.) ¡Mardita sea el cobre!... Lo que me estaba yo temiendo. ¡Se los cargan! ¡Pobre tío Joselito! (Viendo a Bonilla.) ¿Qué es eso, amigo Bonilla? ¿Estasté rezando o estasté descurriendo algo pa traspasá los techos en globos?

Bon. Estoy dando gracias al Sumísimo Hacedor por su infinita bondad para conmigo, querido Sinapismo. Soy feliz. Tengo un gran negocio a la vista, y por si era poco, acaban de darme un destino de dos mil pesetas.

Sin. Se merece usté eso y mucho más, porque como honrao, es usté más honrao que un cerrojo.

Bon. Puede usted decirlo en una torre.

Sin. Tan honrao como desgraciao, que ya es decir.

Bon. Sí, señor. Hasta ahora he tenido muy poca fortuna. ¡Oh! Si yo le contase detalles de mi vida. Mire usted: hace dos años fuí representante de la lámpara «Sol de Africa», la mejor bombilla de filamento metálico, y me enviaron para la venta cuatro mil unidades: dos mil de roscas y dos mil de bayonetas. Corrí la plaza sin resultado ninguno. Mi indumentaria desastrosa era una valla para los compradores. En cuanto yo decía en cualquier casa: «Quiero que vean ustedes las lámparas que tengo», me despedían con cierta chufla, diciéndome cariñosamente: «¡Cepíllese!» ¡Y así tres meses de lucha desesperada! ¡Cuántas noches me he acostado yo sin cenar teniendo en mi cuarto dos mil roscas!

Sin. Eso no lo hace nadie. Otro cualquiera se echa a la calle, las vende a bajo precio y a vivir.

Bon. Figúrese usted si yo me hubiera echado a la calle aunque no hubiera sido más que con doscientas bayonetas.

Sin. Se jase usté el amo.

Bon. Pero hoy, por fin, la fortuna me ha sonreído.

Sin. Lo que son las cosas. En cambio yo, que soy de por vida una pandereta, estoy en este momento... como si tuviera que picá esta tarde.

Bon. Caramba. ¿Pues que le pasa a usted?

Sin. Na; un disgustillo de familia.

Bon. ¡Bah! Ya se arreglará eso, amigo Sinapismo.

Sin. Sí, señor; la semana que viene estará tó arreglao.

Bon. ¿Ve usted? Esas minucias de familia.. Porque se tratará de alguna pequeñísima desavenencia, ¿no?

Sin. Se trata de que han condenao a muerte a un tío mío y a dos primos hermanos míos.

Bon. (Tambaleándose.) ¿Que los han?...

Sin. Sí, señó. Dentro de unos días.. (Acción de agarrotar.)

Bon. (Dejándose caer en una silla.) ¡Mi pobre madre!

Sin. ¡Señor Bonilla!

Bon. (Secándose el sudor.) ¡Ay, Santísima Trinidad!

Sin. ¿Pero qué le pasa a usté, hombre?

Bon. Nada; lo de... (Acción de dar garrote.) Eso que ha dicho usted que me ha impresionado.

Sin. ¡Vamos, hombre; no hay que ser asina!

Bon. No lo puedo remediar; para ciertas cosas soy más delicado que una gasa de seda. Cuestión de carácter, amigo Sinapismo. Nací apocado y voy «in crescendo». Soy una persona incapaz de dañar a nadie. Ya ve usted; a mí me pica una pulga y hasta que no salta no me rasco.

Sin. Como que es usté er campeón de la mansedumbre; pero con ese carácter no se pué viví.

Bon. Lo sé, querido Sinapismo.

Sin. Hay que ser tó lo contrario, que da mejor resultao. Mire usté; desde que he sabido yo lo de la condena ando dándole vueltas a una idea, que como se cuaje, no matan a esos infelices, ¡por mi salú!

Bon. Hombre. ¿Ve usted? Eso me interesa. ¡Pobrecillos! ¿Y cuál es ese pensamiento salvador?

Sin. Verá usté. Me voy mañana a Sevilla, busco ar verdugo, y donde me lo tope, le doy un garrotazo que lo tumbo, y durante los tres meses que guarde cama, se gestiona lo del indulto. ¿Qué le parece a usté?

Bon. Es la primera vez en mi vida que oigo que le van a dar un garrotazo a uno, y me sonrío. (Sonríe.)

Sin. ¿Ve usté, hombre de Dios? A mi lao, en cuatro días, acababa usté sanguinario.

Bon. Sanguinario, no; pero vamos, esto de darle un estacazo al verdugo me ha gustado.

(Entra por el foro, jadeante, ISMAEL.)

Ism. Buenas tardes.

Bon. (Muy contento.) ¡Amigo Canales!

Ism. ¡Ay, señor Bonilla!... (A Bonilla.) He estado en Fomento buscándole a usted.

Bon. ¿A mí?

Ism. Sí, señor. Bueno. ¿Ha visto usted a Valenzuela?

Bon. Pero, ¿era para eso? Para decirme... (Abrazándole.) Gracias, don Ismaelito. Aun quedan amigos en este mundo.

Ism. Bien, pero al grano. ¿Ha firmado usted la toma de posesión de ese destino?

Bon. Con una letra redondilla que ya verán en el Ministerio.

Ism. (Sentándose sin fuerzas.) ¡Ha firmado! ¡Dios mío!

Bon. (A Sinapismo.) ¡Qué corazón más grande! ¡Es un amigo! (A Ismael.) Su emoción me enternece. ¡Gracias!

Mod. (Dentro.) ¡Señor Bonilla! ¡El consomé!

Bon. ¡Voy! Con el permiso de ustedes voy a tomar un tente en pie y de paso a arreglar mi modestísima maleta.

Sin. Que a usté le aproveche, amigo.

Bon. Gracias.

Ism ¡Ha firmado!

Bon. (Por Ismael.) ¡Qué corazón! La bondad no es un mito. (Se va por la primera puerta de la derecha.)

Sin. Yo también voy a echarle un vistaso a la ropa, porque mañana me largo a Sevilla.

Ism. ¡Cómo! ¿Pero no ha leído usted la *Corres* de las dos? Los Conejos han sido condenados a la última pena. (Mirando hacia la puerta por donde se fué Bonilla.) Y ese hombre... ¡Qué espanto!

Sin. Sé lo de la condena, amigo Canales, y por eso voy; porque m'ha asartao una idea que... los indurtan.

Ism. ¿Que los indultan?

Sin. De eso he hablao con el señor Bonilla y a él le ha parecido de primera.

Ism. ¿Pero dice usted que los indultan?

Sin. (Confidencial.) A vé si esta ocurrencia no es de un pensaó. Me voy a Sevilla, busco ar verdugo, lo dejo bardao a estacasos... y a vé quien ejecuta. ¿Eh?

Ism. ¿Y a Bonilla le ha parecido bien?

Sin. Hasta se ha reido. De aquí a un rato. ¡Ah! De esto... punto en boca.

Ism. Descuide usted. (Vase Sinapismo por la primera puerta de la izquierda.) ¡Dios mío, pobre Bonilla! ¿Por qué vendran al mundo seres tan desgraciados?

Sans. (Por la puerta del foro.) Bona sera. (Este Sansoni es un hombre de cuarenta años, muy hercúleo, y con cara de pocos amigos. Aspecto de artista.)

Ism. Bonísima.

Sans. ¿Es usted huesped de esta casa?

Ism. Para servir a usted.

Sans. ¿Tendría usted la exquisita amabilité de comunicar a la dueña de esta meson que la espera urgentemente un amico de la antiquité?

Ism. Con mucho gusto.

Sans. Ol rait. (Hace una flexión de piernas.)

Ism. (¡Qué tipo más raro!)

Sans. Si acaso pregunta mi nombre, dicale que está aquí Angelini Sansoni. (Hace una flexión de brazos.)

Ism. (¡Caspitini! ¡Pobre doña Nieves!) De manera que es usted Sansoni.

Sans. Yes. ¿Ha oído usted hablar di me? (Nuevas flexiones.)

Ism. (¡Caray!) Pues, sí, señor; doña Nieves me ha hecho algunas confidencias...

Sans. ¡Ah, Nieves, Nieves! Villana donna.

Ism. ¿Eh?

Sans. Si resulta cherto cuanto me ha comunicato el mozo de cordeli que anuncha questa hospedería en la estachoni... ¡Ah! (Nuevas flexiones de brazos.) Si e vero que un apache sin vergüenza ha reconochuto a mi hija como suya... ¡Oh, mondie! A ese tío tres glas le he de oprimir el cuello bárbaramente, brutalmente, cual si se tratase de un limone.

Ism. (¡Pobre Bonilla! Lo veo exprimido.) Caballero, yo le ruego que deponga su actitud hostil. A doña Nieves le comunicó un excéntrico que había sido usted víctima de un vertical. Hágase usted cargo. Usted en una necrópolis, ella sin honra, su hija sin nombre...

Sans. ¡Bene, bene!... Ella acaso hizo tre bian, pero el miserable tirolés que dió su nombre a una filia de altro musiú. (Dando un puñetazo sobre la mesa.) ¡Oh, Ravachol!

Ism. (Asustado.) (¡Pobre Bonilla! No sale de Madrid.)

Sans. (Secamente y haciendo una flexion.) Caballero, yo le prego a usté...

Ism. (Asustadísimo.) ¿A mí? ¡Caray!

Sans. Digo que le ruego avise a Nieves mi presencia y reconochuto.

Ism. Con mucho gusto. (Haciendo mutis por la primera puerta de la derecha.) Este cosmopolita va a armar aquí una de populo Neroni. (Vase.)

Sans. (Examinando la habitación.) Me han engañato. Questa casa de pupilos, a juzgar por las apa-renzas, es de tres chinquenta a lo sumo. Yo creí que «La Locomotora» era una pansión de más humos. En fin, tantearé el terreno, y si en efecto hay plata... Claro que casarme non poso porque soy casado. Pero mi mujer se me ha fugato con un etiope. ¡Ah, maledeta, si yo la cojo un giorno y la trinco del capello!... (Hace flexiones.)

Ism. (Por donde se fué.) Caballero, dice doña Nieves que tenga usted la bondad de pasar a la sala de visitas.

Sans. Ol rait, molto bene, tre bian. Gracias.

Ism. (Indicándole la segunda puerta de la derecha.) Por aquí. Todo seguido. La puerta de enfrente.

Sans. Mercí. (Hace mutis.)

Ism. Bueno, estaba doña Nieves en la cocina escamando un besugo, y al decirle yo, en el comedor está Sansoni, a poco se rebana el pulgar. ¡Qué conflicto! Sobre todo para Bonilla. Bueno, allá ellos. Voy a arreglar mi equipaje, que es lo que me interesa. (Hace mutis por la puerta del foro derecha.)

Bon. (Por la primera puerta de la derecha.) Está visto; todo lo que no sea mis sopitas de ajo, me cae en el estómago como plomo argentífero. (Se acerca al aparador, toma un sifón y un vaso, y cuando se dispone a servirse, entra como una tromba por el foro izquierda, MADAME PERRIN, mujer joven, vistosa, y ataviada con cierta elegancia extravagante. Trae en una mano una fusta, en la otra un pequeño revólver y viene irritadísima, nerviosísima. Habla con acento extranjero.)

Mme. Per. ¡Miserable, granuja, estafador!

Bon. ¿Eh? (Queda en una pieza.)

Mme. Per. Escribirme a Barcelona diciéndome que me pagaría doscientos francos por noche y decirme ahora que solo puede pagarme veinticinco, porque el debut de mis perros ha estado una juerga pittorrona. ¿Le parece a usted, amigo Bonilla?

Bon. Señora, ignoro...

Mme. Per. ¡Una juerga mis perros, mis lindísimos perros, que han estado la admiración de los públicos de París, Viena, Zurich, Petrogragrado y San Feliú del Llobregat! ¡Mis perros, premiados en varias exposiciones y a la última de Burdeos con cincuenta francos y un tomo de los cuentos de Perrolt! ¡Miserable, canalla! Pero esto no se queda así; yo lo asesino. Mire usted. (Le pone el revólver cerca de las narices. Bonilla, nerviosísimo, asustadísimo, aprieta el sifón dando un grito. Madm. Perrin, a quien salpica el selz, da otro grito.)

Bon. Por San Roque, señora, guarde ese instrumento mortífero y apacigüe sus nervios. Nada de matar, reflexiones. Acabaría usted su preciosa vida en una cárcel y eso además de ser una exposición para usted, sería otra exposición para los perros, en la cual no ganarían nada.

Mme. Per. (Guardando el revólver.) ¡Veinticinco francos! Con veinticinco francos, cómo vivo yo, se nutre el negro y comen mis veinte animalitos, que se me llevan dos pesetas diarias de carne, ¡dos pesetas! Porque cada cinco perros son dos reales.

Bon. Ya lo sé, señora.

Mme. Per. Y eso de que el debut ha estado una juerga pitorrona, es otra patraña de ese gran tacaño, porque yo salí cinco veces a la pista. Lo que sucedió fué que en mitad del número, un sinvergüenza de la galería maulló tan divinamente que se me alborotaron los perros y no daban pie con bola, que era el trabajo que estaban haciendo. Pero eso fue una rafága, una ligerísima rafága, porque en seguida les obligué a hacer la pantomima de la perra falsa, que materialmente la bordaron. ¡Y dice el empresario que la perra falsa no hizo más que pasar!

Bon. No es poco.

Mme. Per. ¡Pasar! Y cuando terminó se puso todo el público en pie. ¡Todo el público!

Bon. ¿Y aplaudían?

Mme. Per. No aplaudían porque se estaban poniendo los abrigos, pero se pusieron de pie.

Bon. ¿De manera que la han despedido del circo?

Mme. Per. Me he despedido yo que no es lo mismo. Y ahora me soy arrepentida porque ese Cancerbero me obliga a sacar los perros del circo inmediatamente. Voy a ver a doña Nieves para que me indique en qué habitación puedo meter a la jauría.

Bon. ¿Pero va usted a traer aquí diez y siete perros más?

Mme. Per. ¿Y qué hago? ¿Los dejo en la calle para que les den morcillo?

Bon. Alquile usted un solar.

Mme. Per. ¡Un cuerno! (Haciendo mutis por la primera puerta de la derecha.) ¡Ah, pero ese bandido no ha de quedarse sonriente! ¡Canalla, mal nacido! (Mutis.)

Bon. ¡Pobre gente! Tener que ir de Ceca en Meca y aquí no gustan, y allí se pitorronan...

Tres. (Por el fondo.) Aquí tiene usted su kilométrico y las doscientas pesetas convenidas.

Bon. Gracias, mi amigo y consocio.

Tres. ¿Tiene usted listo el equipaje?

Bon. Aún no.

Tres. Refeliú, pues corra usted, hombre de Dios, que son las tres y quince y el botijo sale a las cuatro en punto.

Bon. Carambola, pues es verdad. Voy corriendo.

Tres. Yo le ayudaré, hombre, yo le ayudaré. Caray, qué parsimonia. (Mutis por la segunda puerta de la izquierda.)

(Se oyen voces dentro y salen por la segunda puerta de la derecha DOÑA NIEVES y SANSONI.)

Nieves ¡Vete Angelini, vete! Por segunda vez te acercas a mí para perderme. ¡Vete!

Sans. No. Mi filia, quiero ver a mi filia, la que por tu colpa lleva el nombre de ese maldito tirolés a quien he de aplastar la tete como si fuera una avellana.

Nieves ¡Calla! Ese hombre a quien tu llamas tirolés que ha nacido en Guadalajara, es más decente que tú, que en veintiún años no te has acordado ni de tu hija ni de mí.

Sans. Es que deseaba volver rico para que fuéramos feliches.

Nieves Mientes, Sansoni, mientes; como mentiste cuando me juraste volver dejándome en aquella situación para mí tan embarazosa.

Sans. Te juro por Herculano que pensé ritornare, pero una americana sinvergoña... fué la causa de mi desventura.

Nieves ¡Una mujer!

Sans. Sí; pero io te juro que la estrangularé.

Nieves ¡Basta! ¡Vete! Nada tienes que hacer aquí. Antes de un mes me casaré con el que ante la ley es padre de mi hija. Con un hombre que no será tan fuerte como tú, pero es bueno como un santo, porque es incapaz de matar a una mosca.

Sans. Yo te juro que no te has de casar; míralas. (Se muerde las manos.)

Rosen. (Anciano, enérgico y bien portado, por el fondo.) Buenas tardes.

Nieves (Apuradísima.) (¡Dios santo ¡Mi futuro suegro!) ¡Oh! Don Rosendo...

Rosen. Señora: en mi rostro, espejo de mi alma, adivinará ústed la ira espantosa que inunda de bilis todo mi ser.

Nieves ¿Pero, cómo, don Rosendo? ¿Qué le sucede?

Rosen. ¡Señora! Mi primogénito, propietario de una fortuna caudalosa, puso sus ojos en su hija de usted.

Nieves (Enérgica.) Que aunque modesta, como es natural, es una joven tan buena como honrada.

Rosen. Por eso toleramos las relaciones, y al jurarnos usted que se uniría al señor Bonilla para legitimarla, accedimos a la boda.

Sans. (¡La mía filia en relaciones con un rico jóvene!)

Nieves Y bien, don Rosendo...

Rosen. ¡Que esa boda es imposible!

Nieves ¿Imposible?

Rosen. Sí, señora, no hemos caído tan bajo los Galofre. ¿Usted no ignorará el destino que le han dado al padre de su hija?

Nieves ¿Acaso portero?

Rosen. Aquí está la *Gaceta*. ¡Verdugo de Sevilla!

Nieves (Cayendo accidentada.) ¡Oh!

Sans. (Auxiliándola.) Verdugo al padre de mi filia. ¡Oh, maledicioni!

Rosen. (¿Qué dice este caballero?)

Sans. Y decía questa infelice que era un hombre incapaz de matar una mosqui.

Mod. (Por la izquierda.) ¿Qué ha pasado? ¡Ah! La señora privada. (Acudiendo a doña Nieves y gritando.) ¡Señorita!... ¡Señorita!

Sans. ¡Oh! Al cabo de veintiún años voy a vederla. Voy a ver a mi filia.

Rosen. (Por Sansoni) (Bueno, este tío está para que lo fusilen. Yo he cumplido ya mi misión.) Buenas tardes. (Se va por el foro.)

Mod. (Llamando.) ¡Señorita!

Pres. (Por la derecha, primer término.) ¿Qué sucede? (Al ver a doña Nieves accidentada.) ¡Mamá!

Sans. (Saliéndole al encuentro.) ¡¡Filia del cor!!

Pres. (Asustada.) ¡Caballero!

Sans. (Abrazándola.) ¡¡Mi filia!!... ¡¡Mi filia!!

Pres. (Horrorizada.) ¡Socorro!... (El reloj comienza a sonar, percibiéndose no solo las campanadas sino también el cuco.)

Sin. (Por la izquierda.) ¿Qué ocurre en esta casa?

Tres. (Por el fondo derecha.) ¿Pasa algo? ¡Doña Nieves!...

Ism. (Por la izquierda.) ¡Atiza! Ya se armó. (Acuden los tres a doña Nieves que de vez en vez lanza un grito gutural.)

Sans. (Por su hija a quien contempla a distancia.) ¡Que bella!... ¡Qué bella!...

Ism. A ver, agua, sales... ¡Ese reloj, caray! Darle un silletazo. (Ladran dentro diez y siete perros.)

Sin. ¡Pero, naranjas! ¿Qué es eso?

Mod. Los diez y siete perros de la del Circo, que ya están ahí.

Sin. ¿Pero vienen a pernoctar aquí?

Pres. Sí, señor.

Sin. ¿Cómo? ¡Ea! Que preparen espuertas. (Coge el bastón que dejó en una silla y hace mutis por el fondo izquierda escupiéndose en la mano.)

Pres. ¡Mamá! ¡Mamaíta!...

(Doña Nieves lanza varios gritos guturales, el reloj continúa cuqueando y dentro se oye de pronto un escándalo infernal, unos perros ladran, otros aullan que da lástima, víctimas de los estacazos de Sinapismo.)

Mod. ¡Dios mío!

Ism. ¡Atiza!

Tres. ¡Refeliú!

Sans. ¡La casa e trancuila!

Mme. Per. (Por la derecha.) ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa a mis perros?

Sans. (Al ver a madame Perrin.) ¡Ah!... ¡¡Tú!! ¡¡¡Maledeta!!!

Mme. Per. ¡¡Sansoni!! ¡¡Socorro!! (Huye por la derecha seguida de Sansoni.)

Ism. ¡Mi madre! (Mutis tras ellos.)

Pres. ¡Por Dios! Vamos a llevar a mamá a su cuarto.

Tres. Sí.

Mod. Vamos. (Entre los tres se llevan a doña Nieves por la primera puerta de la derecha.)

Sin. (Por el fondo.) ¡Bueno! No he dejado perros ni pa cerillas. Lavaré el bastón. (Da un porrazo al reloj y éste deja de sonar. Mutis por la primera izquierda.)

Bon. (Por segunda izquierda. Conduce una maleta de cartón viejísima y una flamante cesta de merienda.) He dejado dos letras despidiéndome; no me gustan las lágrimas. Ea; a Sevilla; a cumplir con mi deber.

Gon. (Ugier de la Audiencia, por el fondo.) Buenas tardes.

Bon. Muy buenas.

Gon. ¿El señor Bonilla?

Bon. Para servirle.

Gon. Vengo a decirle a usted que salga cuanto antes para Sevilla, porque la semana que viene, tendrá usted que matar a los Conejos.

Bon. Ahora mismo voy a la estación.

Gon. Entonces puedo decir...

Bon. Que salgo en el botijo y que mañana estaré en Sevilla.

Gon. Está muy bien. Buenas tardes.

Bon. Usted lo pase bien. (Vase González por el fondo. Bonilla, cogiendo de nuevo la maleta y la cesta, dice con aire resignado.) Me da muchísima lastima, pero no hay más remedio. No voy a dejar un conejo vivo.

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patio del Hotel Abderramán.

Este hotel está en Sevilla, de manera que el patio es un cascabel. Paredes blancas, zócalo de azulejos y su bonísima montera de cristales.

En las paredes hay un cartel que anuncia la feria de Abril, otro que anuncia la primera corrida de toros, y no debe faltar alguno de esos cuadros chillones que dan a conocer un balneario, unas aguas o una nueva fabrica de chocolate y en los que se destaca un suntuoso edificio, hotel unas veces y fábrica otras, y que siempre es el mismo en todos los anuncios: siempre es la Equitativa.

Muebles, los propios del patio de un hotel. Mecedoras de rejilla, una mesa con periódicos, unas cuantas sillas, un mueblecito con casilleros para la correspondencia, etc., etc. Aparato de teléfono a la izquierda.

La acción en Sevilla, como queda dicho, y el Viernes Santo, a las doce de la mañana.

—

(Al levantarse el telón están en escena FRASQUITO y CORVINA. Frasquito es el dueño del hotel, un barbián de cuarenta años, y Corvina es un vendedor de pescados.)

Corv. Pero, ¿qué tienusté que desí d'estos jureles, don Frasquito? Mirusté; toavía están sartando. (Agita el canasto.)

Fras. Y si le das una patá ar capacho, vuelan, saborío.

Corv. No me tome usté los risos.

Fras. Bueno, menos coba. ¿A cómo me los vas a poné?

Corv. ¿Le parese a usté a tres pesetas er kilo?

Fras. Anda y que te ribeteen, Corvina.

Corv. Don Frasquito, que hoy es Viernes Santo y está er pescao por las nubes.

Fras. Bueno, a dos pesetas, y no hablemos más.

Corv. Venga dinero.

Fras. (Llamando a gritos.) ¡Rosario!...

Corv. Siempre jase usté de mí lo que quiere. Ahora mismito me los quería pagá la Bisoja a once reales y l'he dicho que no.

Ros. (Por la derecha segundo término.) Mandusté. (Esta Rosario es una criada joven.)

Fras. Toma, pesa lo que hay en er canasto.

Corv. Paa qué se va a incomodá; tres kilos largos hay.

Fras. (A Rosario.) Hala. (Hace mutis Rosario con el canasto por la derecha segundo término.) Y escucha, ¿hay mucha gente en casa de la Bisoja?

Corv. Nueve forasteros y un vascongado. (Ríe.) Por cierto que estaba la Bisoja que echaba candela. Tres velas le había puesto a nuestro Señó der Gran Podé.

Fras. ¿Qué le ha pasao?

Corv. Ná, que a las ocho de la mañana se le presentó pidiendo hospedaje un caballero que le daba ná menos que diez pesetas por una cama. Claro, se puso ella de contenta, que si le piden un cuplé lo canta y lo arciona. Güeno, pos a la media hora llega Currito Salitre, er de la fonda de las Sinco Estaciones, y va y le dise: ¿pero tú sabes a quién has armitío en tu casa, Bisoja? Pues a un sujeto que he echao de la mía esta mañana, a las siete, y que lo habían echao a las seis del Hoté Cosmopolita. ¿Pero quién es ese sujeto?—pregunta ella,—y va Currito Salitre y le dice al oído: «¡El verdugo de Sevilla!»

Fras. ¡Caray, tú!

Corv. Miuste, escucha eso la Bisoja, con lo supertisiosa que es, subí ar cuarto der tío con sinco criadas, despertarlo, vestirlo, tirarle la maleta por el barcón y echarlo a la calle a patás, tó fué cosa de un minuto.

Fras. Y con rasón, Corvina. Er que tiene un hotel o una fondá, o una posá, y vive del público, ¿cómo va a armití en su casa a un tío que es

la cangrena? Vamos, si viene aquí... tú ya me conoces; la maleta se la baja un criao, pero él sale por una claraboya. Escucha, ¿te has enterao de cómo se llama ese criminal?

Corv. Er *Noticiero* lo copiaba ayer de la *Gaseta:* Bonifacio Bonilla y Cordero.

Fras. Lo apuntaré pa que no se me orvide. (Lo hace.)

Ros. (Por donde antes.) Aquí está er canasto. Había dos kilos y un cominito.

Corv. Oye, niña, ¿con qué has pesao?

Ros. Con la báscula, niño.

Corv. ¿Y no te has pesao nunca la asaura en esa basculita?

Ros. Muchas veces.

Fras. Bueno; toma cuatro plumas. Vuela. (Le da el dinero.)

Corv. (Recogiendo su canasto.) Poco es pa volá. Salú y sonrisa. (Mutis por la cancela.)

Fras. Tú, Rosario. ¿Ha vuelta Pedro Luí?

Ros. No, señó.

Fras. ¿Pues adónde ha ido?

Ros. Primero a vestirse y luego a casa de don José Tabernero, el anticuario, a vé si le alquilaba uno de esos cascos que tiene en el escaparate, porque el que le ha hecho el hojalatero, sobre no ser auténtico, dise que güele a petróleo y le marea.

Fras. ¿Pero qué es lo que piensa hasé?

Ros. Salí esta tarde de capitán de Centuriones en el Santo Entierro.

Fras. También son ganas de jorobá. ¿A quién se le ocurre comprometerse, sabiendo que los otros dos camareros tienen que salí esta tarde de Nasarenos, porque son hermanos de la cofradía del Cachorro? ¡Vamos, hombre! ¡Mardita sea la vagansia!... Estate ar cuidao, que voy a hasé una apuntasión. (Mutis por la derecha, primer término.)

Ros. Sí, señó.

Ism. (Por la primera puerta de la izquierda.) Bueno, ¿pero es que no oyen ustedes?

Ros. ¿Qué pasa, señorito?

Ism. Que llevo media hora oprimiendo el botón del timbre de mi cuarto y no acude nadie.

Ros. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja, ja, qué grasioso!... ¡Qué grasioso!

Ism. No le veo la gracia.

Ros. ¿Pero cómo quiere usté que suene, señorito, si hace dos meses que está disiendo el elértrico que va a vení a echarle agua a la potasa y la potasa está más seca que una pilonga y el elértrico no aparece?

Ism. Pues, entonces, ¿aquí cómo se llama?

Ros. Según el temperamento de cada uno. Los de por acá parmotean; los ingleses aguardan a que entre una en el cuarto; los alemanes prinsipian a tiros, y los demás, cá uno a su ingenio.

Ism. ¿Pero dónde están los camareros?

Ros. Los camareros están en su obligación particulá. Como hoy es Viernes Santo... Dos de ellos, los der comedó, que son tío y sobrino, tienen que salí en una cofradía, de Nasarenos, porque son hermanos, y el otro, Pedro Luí, que también es hermano, va a salí esta tarde de romano hasiendo el primo.

Ism. Pues está bien.

Fras. (Por la derecha, primer término.) Rosario.

Ros. Mandusté.

Fras. Mujé, que el inglés está en la cocina echándose agua caliente en una cafetera.

Ros. Eso es que se va a afeitá. Voy corriendo, porque si no, me deja apartá la olla der potaje. (Mutis por la segunda puerta de la derecha.)

Ism. Entonces, quiere decir que se ha levantao ya mister Hames.

Fras. Sí, señó; me ha dicho que está levantao desde las nueve, pero viendo que eran las doce y no había entrao nadie en su cuarto, se decidió a ir por el agua caliente.

Ism. (¡Señores, qué fonda!)

Fras. Aquí, ¿sabe usté? el primer día chillan y reniegan, pero en cuanto pasa una semana, toman los huéspedes la tierra y son otros. Y es que aquí, en Sevilla, ¿sabe usté? aquí hay un trato muy espesiá.

Ism. Qué me va usted a decir a mí. En dos días que llevo en Sevilla lo he visto palpablemente. Ayer y antes de ayer he comprao el tabaco en el estanco de ahí de la esquina.

Fras. ¡Ah! En el de doña Mariquita. Muy buena gente; gente venía a menos, pero muy buena gente.

Ism. Bueno, pues esta mañana entro, pido un librillo de papel de fumar Zig-Zag y .. doña Mariquita me da uno de Jean y me dice: llévate este y no seas «tiriri».

Fras. ¿Estaste viendo? Un trato espesiá.

Ism. Especialísimo.

Fras. Y escuche usté: ese inglés amigo de usté debe ser muy rico, ¿no?

Ism. ¿Hames Koles? Riquísimo. Tiene una gran fábrica de dientes artificiales de mármol comprimido.

Fras. Pero debe ser muy infeliz, porque hay que ver cómo le toma el pelo el sinvergüensa de Cotorra, el ciceroni.

Ism. Calle usted, hombre; a mí se me enciende la sangre, y se lo he dicho: mire usted, mister Hames, que todas estas antigüedades que le coloca el ciceroni, no valen cuatro perras chicas, pero como si nada.

Fras. Ayer, por poquito suerto yo er trapo. Entró mister Koles con un aguamanil, con su palangana y va y me dise muy serio: «una gangue». Aquí se lavó Pilatos cuando condenaron a Jesús. (Ríe.)

Ism. Ese Cotorra no es millonario porque no quiere. Y oiga usted, Frasquito, ¿qué hay de esos condenados a la última pena?

Fras. ¡Pobrecillos! Pues disen que si los indurtan, que si no los indurtan, pero el caso es, y no se lo diga usté a nadie, que er verdugo está ya aquí.

Ism. ¡Bonilla!

Fras. Sí, señó, así se llama. Un tío más sanguinario que una hiena. Disen que ve el carro de la carne y se va detrás de él toa la tarde porque gosa ná más que persibiendo el oló.

Ism. Ese hace veinte años que no huele la carne.

Fras. ¡Sí, sí! Disen que cuando hiso oposiciones a la plasa de verdugo, pa demostrarle al tribuná que tenía corasón, ajustisió por capricho a un tío suyo.

Ism. (¡Señores, lo que se exagera en esta tierra! ¡Pobre Bonilla!) Bien, pues voy a escribir

unas cartas antes de que me llame mister Koles. Hasta ahora. ¡Ah! ¿Dónde venden bocinas?

Fras. ¿Va usté a ir en automóvil?

Ism. Es para llamar a los camareros.

Fras. ¿Pa qué se va usté a molestar? Con unas parmitas acuden de seguida.

Ism. Es que como este es el país del cante y del baile, si me pongo a dar palmadas van a creer que me jaleo. En fin, si usted cree que acudirán, haré una ovación. Hasta luego. (Suena dentro un silbido.) ¡Caracoles! (Se detiene.)

Fras. (A gritos.) ¡Rosario! Que llama el del diecinueve.

Ism. Aquí hace cada uno lo que quiere; yo voy a aplaudir y ese silba. (Mutis por la izquierda primer término.)

Ros. (Por la derecha.) ¿Ha sido el diecinueve?

Fras. Sí. Hala. (Vase Rosario por la escalera tercer término izquierda.)

Tal. (Actor como de cincuenta años, por la derecha primera puerta. Habla en tono agrio. Es un hombre amargadísimo.) Hola, Frasquito.

Fras. Buenos días, señor Talmilla. ¿Se ha descansao?

Tal. ¿Qué voy a descansar, hombre? ¡Malhaya sea mi vida! Anoche estuve ensayando hasta las cuatro de la mañana y hoy he tenido que levantarme a las ocho para ensayar otra vez. Y todo por culpa de ese Cañete, maldita sea su estampa.

Fras. ¿Cañete?

Tal. Sí, hombre; el galán, ese rubio...

Fras. ¡Ah! Uno que tiene un deje vascongado...

Tal. El mismo. ¡Maldita sea su corazón!

Fras. ¿Pero cómo tiene usté en la compañía un tío tan malo?

Tal. Porque le doy cuatro pesetas, hombre; pero lo estoy sudando.

Fras. ¿Y hasta cuándo van ustés a estar aquí?

Tal. Hasta el lunes inclusive; sábado, domingo y lunes haremos la *Muerte civil* y luegos nos iremos a Carmona a hacer una *Muerte en los labios*. Aquí en primavera la gente prefiere ir al circo.

Fras. Sí, señó; por cierto que ahí en el cuatro ten-

go yo a una artista del circo que llegó anoche. Madama Lorente; una que trabaja con loros amaestrados. En el cuarto tiene tres y los restantes los tiene en el circo al cuidao de un negro que viene con ella; un tal Carbonilla.

Tal. No sé cómo a la gente les gustan esas mamarrachadas. En fin, voy a ver si me oxigeno un poco, porque entre lo de Cañete y el que no me arreglan el tablado del escenario, estoy que bufo. Hasta luego. (Mutis por la cancela.)

Fras. ¡Qué ilusión! Dise que Cañete es malo y hay que verlo a él. Er lunes en el *Don Alvaro* se equivocó y en lugá de desí «la jaca torda», dijo «la jaca tarda», y es claro, al final del acto tuvo que desí pa enmendarlo: «Y esa jaca que no viene». En fin, allá cada uno. (Mutis por la derecha segunda puerta.)

Ros. (Atravesando la escena de izquierda a derecha y haciendo mutis tras Frasquito.) No habían llamao en er diesinueve, don Frasquito. Debe sé que uno de los loros de la señora der cuatro pegó un sirbío. (Mutis.)

(Aparece en la cancela RIVERITA, guardia municipal, con la teresiana ladeada y una cara de borracho que asusta.)

Riv. Hotel Abderramán. Aquí es. (Llamando a alguien que se supone lejos.) ¡Chist! ¡Caballero! Levántese usté que es aquí. ¡Pobresillo! De rendío que está s'ha sentao ya diez veses en la maleta, que así está ella que parese un acordeón. Debe de está más molío que er porvo de la canela. Pero anda y que se chinche, que pa eso es verdugo. Menos mal que de aquí no lo echan, porque pa eso traigo yo una orden del gobernaó. Ahora que se va a quedá el Hoté más solo que un sementerio por la noche. ¿Pero qué hase ese tío? (Vuelve a llamar desde la puerta.) ¡Caballero! ¡¡Eh!!

Bon. (Dentro.) Voy, voy...

Riv. ¡Quiá! Si no pué ya ni con la maleta.

Bon. (Rendidísimo, cargado con su maleta, a la que está atada la cesta ya vacía.) ¿Y cree usted, caritativo guardia, que no me echarán de aquí?

Riv. ¿Cómo lo van a echá viniendo conmigo? Usté se queda aquí porque lo manda la autoridá.

Bon. (Dejándose caer en una mecedora y medio cayéndose.) ¡Loado sea Dios!

Riv. ¡Remontilla! Creí que daba la vuelta.

Bon. ¡Ay, bondadoso mantenedor del orden!... No sabe usted lo que es una mecedora después de tres días de peregrinación.

Riv. Ya veo que ha agarrao usté ese columpio de rejilla como er náufrago agarra el tarugo flotante.

Bon. Sí, señor, y muy bien, guardia; muy bien. Muy bonito.

Riv. Pues voy con su venia a desirle poco a poco ar dueño de la fonda que está usté aquí.

Bon. Se lo agradeceré hasta en el paraíso.

Riv. (Ajustando sus cuentas.) (Sí, porque si se lo digo de golpe, el primer puñetazo no hay quien me lo quite. Primero que me convíe por traerle un huéspede y luego ya veremos.) (Se va por la derecha segunda puerta.)

Bon. Bueno, me habían contado de Sevilla cosas estupendas que yo había puesto en tela de juicio, pero ahora me resultan de un pálido claro que se difumina. Lo que a mí me ha sucedido no tiene nombre. Todo sea por Dios. (Alguien aplaude dentro.) Menos mal; parece que aquí reina el buen humor. (Suena dentro un silbido.) Palmas y pitos.

Ism. (Por la izquierda primera puerta.) ¡Como no compre un revólver!... (Viendo a Bonilla.) ¡El señor Bonilla! Caray, y tiene cara de satisfacción. ¿No sabrá aún que es verdugo? ¡Señor Bonilla!

Bon. ¡Caracolas, el simpático don Ismael! (Le abraza.) ¡Qué felicísima casualidad! ¡Los dos en la misma fonda!

Ism. Cómo, ¿pero usted pára aquí?

Bon. No sé, hijo, no sé. Bien sabe Dios que quisiera parar aquí, porque estoy cansadísimo; pero por el pronto paro aquí.

Ism. ¿Y dónde se ha metido usted estos tres días?

Bon. Pues... en... por ahí. No sé.

Ism. ¿Cómo?

Bon. ¡Ay, amigo Canales! Mi paso por las calles de Sevil'a sólo puede compararse con el de Nuestro Señor por las amargas calles de Jerusalém.

Ism. Caramba, cuénteme usted, hombre.

Bon. Pues nada, que llegué a Sevilla, me apeé del tren y un golfo me dijo: «Señorito, deme usté la maleta; si no tiene usted hospedaje yo le llevaré a una fonda que es un palacio de la gloria.» Me dejé llevar, llegamos a un Hotel y me hicieron un recibimiento que se lo hacen a Medinaceli y lo atontan.

Ism. Lo que usted se merece.

Bon. Yo quedé encantado; di mi tarjeta y me eché a dormir, no sin decir antes que busquen la *Gaceta* del día once y que me llamen dentro de dos horas, porque tengo que presentarme en la Audiencia. No sé el tiempo que dormí, don Ismaelito; lo que sé es que me despertaron tres hombres y dos mujeres, diciéndome unas cosas tan feas, que hubieran sorprendido a un carretero.

Ism. Bueno, pero ¿por qué?

Bon. Aun no he podido explicármelo.

Ism. (Todavía no lo sabe.)

Bon. Me echaron a empujones, erré a la ventura, entré en nueve fondas más, en todas me dispensaron igual recibimiento y me despidieron de idéntica manera; he tenido que dormir en un coche de punto, que es molestísimo, y convencido de que en Sevilla no me admitían en ninguna casa, ni aun regalando al dueño el Toisón de Oro, se me ocurrió la idea salvadora de pedir auxilio al señor presidente de la Audiencia.

Ism. Muy bien hecho.

Bon. Me fuí a la Audiencia, hice pasar la única tarjeta que me quedaba, el presidente me recibió bastante fríamente por cierto, le expuse lo que me sucedía, él me dijo que lo conceptuaba natural, cosa que me sorprendió; habló por teléfono con el gobernador, llamó a un guardia y le dijo: acompañe usted al señor Bonilla al Hotel Abderramán y si se niegan a admitirle que paguen dos mil pesetas de multa.

Ism. (Riendo.) Señores, qué cosa tan extraordinaria.

Bon. Yo al principio me decía: ¿será esto una broma? Pero luego comprendí que para darme una broma no se iba a poner de acuerdo toda la población.

Ism. ¡Claro!

Bon. Le juro a usted, cariñoso Canales, que estoy perplejo. Y lo que más me choca es que el presidente de la Audiencia encontrase todo esto muy natural. Sabe Dios lo que a él le ocurriría la primera vez que vino a Sevilla. (Bosteza.) Tengo una debilidad.

Ism. Venga usted a mi cuarto. Tengo una botella de manzanilla y un poco de pescado frito que me sobró de anoche.

Bon. Reconocidísimo, don Ismael. No se llevarán la maleta, ¿verdad?

Ism. No, hombre, pierda usted cuidado. Por aquí, pase usted.

Bon. Continúa mi reconocimiento. (Mutis por la izquierda primer término.)

Ros. (Por la derecha, segunda puerta. Taae una bandeja con una copita de licor.) Vaya un inglés con mal age. Se lleva cuatro horas sin resoilá y de pronto prinsipia a pedí cosas y se queda solo pidiendo. Ya se ha tomado un té y un bock, y ahora se va a tomá esto que él lo llama Kusqui, que no se cómo no lo vomita.

Hames (Por la derecha, segunda puerta. Es un inglés elegantísimo y de unos treinta y cinco años.) ¿No ha venido Pedro Gui?

Ros. No, señor lor mister.

Hames Le digue anoche que me buscaga pog todo Sevillo un peguiodico de London.

Ros. Ah, sí; er *The Times.*

Hames Di Taems.

Ros. ¿Eh?

Hames Di Taems.

Ros. ¿Que diga Tan?

Hames Yes.

Ros. (Que lo diga tu abuela.) Aquí tiene usté el kusqui.

Hames Zenquiú.

Ros. De nada.

Hames No haber venido Cacatúa.

Ros. ¿Quién?

Hames Cacatúa: el ciceroni.

Ros. ¡Ah! Cotorra.

Hames Yes: Cotoga.

Ros. No, señó, no ha venido. ¿Quiere usté argo más?

Hames Gustagme tomar Wisky soda.

Ros. Pues quede usté con Dios. (Más sólo no te pues quedá, saborío.) (Se va por la derecha, segunda puerta.)

Hames (Viéndola marchar.) No comprendegme nunca. ¡Qué lástima! Ser una sevillana mocho chobeski. (Se sienta de espaldas a la puerta del foro.)

Cot. (Ciceroni y sinvergüenza, todo en una pieza; entra por el foro con un envoltorio bajo el brazo.) (¡Olé! Mi inglaterrense liao con er cuski. Cotorrilla, a vé si lo coges en er cuarto de hora de las antiquités.) (Plantándose ante el inglés.) Mister Koles. ¡Ole el rey!

Hames Gut moni, Cotoga.

Cot. Gut monísimo. (Sentándose.) Recardera, lo que pica hoy er disco solá. (Se seca el sudor.) Desayunando, ¿eh?

Hames El apeguitivo.

Cot. De salú sirva.

Hames Sankiu.

Cot. Pos aquí vengo yo tocante a lo que me encargó usté anoche der misá ese de las siete partidas.

Hames ¡Oh! Yes.

Cot. Me ha hecho usté dá más güertas que un numático.

Hames ¿Y qué?

Cot. Que le he preguntao a cuarenta personas por er misá de las siete partidas y toas m'han contestao lo mismo: que me vea un alienista.

Hames (Consultando un libro que saca del bolsillo.) Aquí decirlo bien claro. Alfonso el Sabio: autor de las siete pagtidas. Yo querer saber qué pagtidas son éstas.

Cot. Ya lo dise ahí: siete; pero se conose que de la úrtima partida no volvió don Alfonso, porque nadie me da rasón.

Hames Es mocho lastimoso.

Cot. No se preocupe usté, porque le traigo a usté

una cosa que va usté a dá un respingo de gusto.

Hames ¡Oh!

Cot. Ahí va. (Le da un papelito que envuelve algo.)

Hames (Desdoblándolo y sacando un mechón de pelos.) ¡Un poñado de pelos!

Cot. ¡De Wifredo er Velloso!

Hames ¡Ah!

Cot. De un relicario los he tenío que robá.

Hames ¡Oh! ¿Ser santo este Velloso?

Cot. Márti. Lo mató su padre, un tar Barbarroja, que era un pirata. Guárdeselos usté no los vea arguien...

Hames Yes. (Se los guarda.)

Cot. Repare usté qué tontería le ví a enseñá ahora. Una cosa que trajeron los Almohades cuando conquistaron a España, antes Hispanias y mucho antes Iberias.

Hames ¿Ser cosa de los Almohades? ¡Oh! Mocho valor artistico.

Cot. Abra usté los clisos. (Desata el lío y le enseña un cojín.)

Hames ¡Un almohadón! ¡Oh! ¡Mocho bonito!

Cot. Seda pura y relleno de plumas de Colibrí macho.

Hames Mocho.

Cot. Macho.

Hames Verigüel.

Cot. Vea usté lo que guste.

Hames Estar mocho viejo.

Cot. Como que sobre este armohadón ha posao er jaique Armanzor.

Hames ¡Oh!

Cot. Qué, ¿da usté argo por to esto?

Hames Dar por todo cincuenta peretas. (Cotorra recoge el lío sin contestar e inicia el mutis por la izquierda, segunda puerta.) ¿Dónde ir usté?

Cot. A dejárselos a usté en su camarín. (Mutis.)

Hames Ser mocho simpático este loro. (Lee en su libro. Por la derecha, segundo término, salen discutiendo RIVERITA y FRASQUITO.)

Fras. ¡Que no, Riverita, que no! Aunque me lo mande er Sumo Pontífise.

Riv Señó Frasquito, que le cuesta a usté dos mil beatas.

Fras. Aunque me costara la vida, Riverita.

Riv. Señó Frasquito, que usté no pué pisoteá una orden gubernativa.

Fras. ¡Mardita sea! (Llamando a gritos.) ¡Rosario!

Ros. (Dentro.) ¡Qué mandusté!

Fras. Echa ar poso un puñao de sá y unas hojitas de lauré.

Cot. (Entrando por donde se fué.) Mi mare de mi arma, don Frasquito, ¿qué desgracia ocurre en este hotel que mandasté echá sá en er poso?

Fras. Ná; una cocleta de bacalao: que se empeña la autoridá en que aloje en mi casa ar verdugo.

Cot. ¡La mamá del Iscariote! ¿Pero está aquí esa langosta?

Fras. Riverita lo ha traído.

Cot. ¿Tú, mala sangre?

Riv. Yo he sío mandao, Cotorra.

Hames (Levantándose y acercándose al grupo.) ¿Qué ocugue que estar todos mocho gritantes?

Cot. (Por Riverita.) Aquí esta... Garrocha, que nos ha traído al hotel...

Fras. (Tapándole la boca.) ¿Qué ibas a hasé, borrico? ¿Se lo ibas a desí pa que pida la cuenta?

Hames ¿Que ha traído al hotel al senog Garrocha?

Riv. (Ya se me ha quedao el mote. Yo que estaba impune...)

Cot. Pues al... (A Frasquito.) Yo se lo tengo que desí porque es mi cliente. (A Hames.) Al verdugo.

Hames (Consultando su libro.) Verdugo. ¡Oh! Mocho interesante. ¿Y a quién venir a matar en Sevilla?

Cot. A esos desgrasiaos que vimos en la Audiensia la semana pasá.

Hames ¡Oh! ¡Yes! Los Conegos.

Cot. Sí, señor; los Conejos.

Hames Yo querer conocer Caballego Verdugo. Mocha curiosidad.

Riv. ¿Estasté viendo? Toavía por causa del Verdugo se le vasté a llená el hoté.

Fras. No me tiratises los nervios, Garrocha.

Riv. Y dale con Garrocha. Bueno, yo he cumplio con mi misión y ahí quedais ustedes.

Fras Pero...

Riv. Hombre, aquí llega el verdugo.

Fras. ¡Mardita sea!... (Miran todos a la primera puerta de izquierda con grandísima curiosidad.)

Bon. Muy afectuosísimas. (Nadie le contesta.)

Riv. Ea, ustede lo pasen bien.

Hames Adiós, senog Garrocha.

Bon. (Ahora me entero del nombre de este agradable guardia.) (Llamándole.) ¡Chis!

Riv. (Ya en la puerta.) ¿Qué pasa?

Bon. Vaya usted con Dios, señor Garrocha y muchísimas gracias, señor Garrocha. (Acercándose a la puerta.)

Riv. Esta Garrocha no hay ya quien me la quite, (Vase por el foro.)

Fras. (Paseando, nervioso.) ¡Mardita sea er peregí!

Cot. (Idem.) Este tío nos trae la negra.

Bon. ¿Serían ustedes tan amables que me dijesen quién es el dueño de este elegante y vistosísimo hotel?

Cot. (Por Frasquito.) Aquí er señó.

Bon. Mucho gusto en ponerme a sus ordenes. (No le contestan. El inglés se acerca a él y le mira de arriba a abajo.) (¡Señores, lo que chocol) ¿Podrían indicarme si no les sirve de molestia el numero del cuarto que se me destina? (Nadie le hace caso.) (De este hotel salgo para un hospital, porque el recibimiento es una nevera.) (Pasea. Hames pasea tras de él mirándole las manos.) Pues sí, Sevilla es muy bonita... (Frasquito, más quemado que las ánimas hace mutis haciendo visajes, por la derecha, segunda puerta.) Yo he estado en el Senegal y Sevilla...

Cot. Hasta luego, señor mister. (¡Mardita sea er peregí!) (Tropieza con un mueble y medio se cae.) (¡La mar salá!... ¡Ná, er verduguito!) (Mutis por la cancela.)

Bon. (Por Hames, que no le quita ojo.) Yo creo que del planeta Saturno baja a la tierra un saturnino y no choca tanto.

Hames Usted pegdone, caballego.

Bon. De nada, señor mío.

Hames Aunque no he sido presentado, desearía hablar con usté una conversación. Mi cartolina. (Le da una tarjeta.)

Bon. ¡Oh! (Leyendo) Hames Koles. London.

Hames (Ofreciéndole una silla.) Ponerse cómodo.

Bon. Mil gracias, señor Koles. (Se sientan.)

Hames A mí, señog... ¿Cómo ser su festividad?

Bon. Mi... ¡Ah, sí! Mi gracia. Bonifacio Bonilla, para servirle.

Hames ¡Oh! (Apunta en su libro.) A mí señog Bonilla, interesagme osté, porque me interesa todo lo espantoso.

Bon. ¡Ah!... (Este inglés confunde los vocablos que da grima.)

Hames Y al entegagme que estar usted aquí, sentir cuguiosidad por conosegle.

Bon. Usted me honra.

Hames Y sentig vegdadegos deseos de estrechag esa mano que ha quitado tantos cuellos.

Bon. Precisamente los llevo postizos.

Hames ¿Eh?

Bon. Que... nada. (No quisiera ofender a este inglés, pero es tonto.)

Hames Vengan esas manos. (Se las estrecha y se las mira luego detenidamente.)

Bon. (Está para que lo maniaten.)

Hames Sankiu.

Bon. A la recíproca.

Hames De manega que usted venig a Sevilla a matag a los Conegos.

Bon. Sí, señor. (Pues ya lo saben hasta los ingleses. Va a ser un negocio demente.)

Hames Vendrá usté todo... enérgico.

Bon. Ya lo creo; dentro de seis días no queda uno.

Hames ¡Oh! Creo que son tres, ¿no?

Bon. (Riendo.) ¿Tres? ¿Pero cree usted que para matar tres conejos hago yo un viaje a Sevilla? Yo me molesto para matar cuatro mil, por lo menos.

Hames (Asombrado.) (¡La abadía de Winmister! Este hombre ser la peste bubónica!) ¿Dice usté cuatro mil?

Bon. Como mínimun.

Hames Va usté a necesitag mochos garrotes.

Bon. (Riendo.) (Completamente idiota.) Yo no los mato con garrotes.

Hames ¡Oh! ¿No?

Bon. No, señor; eso era antiguamente, cuando los Celtas.

Hames No entenderle.

Bon. Quiero decirle a usted, que yo vengo a ma-

tar a estos pobres conejos de aquí con unos polvos que he inventado.

Hames ¡Oh!

Bon. Los infelices no han de sufrir nada. porque oler los polvos y morirse todo es uno.

Hames (Estrechándole la mano efusivamente.) Humanitaria cosa. Las familias se lo agradecerán mocho.

Bon. ¡Pchs! Como pienso exterminar a todas las familias... (Hames le mira asombrado.) No pienso dejar uno. Chicos y grandes. Todos.

Hames (Este hombre ser un Caín. (Levantándose.) Yo admirarle mocho.) Señog Bonilla; mi teneg un alegrío mochísimo grande en conoceglo.

Bon. El gusto ha sido el mío.

Hames ¿Teneg usted fotográfio de su cara?

Bon. No, señor; pero si tiene usted interés en ello puede buscar en la colección del *Nuevo Mundo* el número 87 y allí encontrará un retrato mío.

Hames Yes.

Bon. Me lo publicaron cuando inventé la boina antineurálgica; un invento que quitaba la cabeza.

Hames (Que quitaba la cabesa. Siempre sanguinario.) (Inclinándose.) Respetuosamente.

Bon. Para servir a usted.

Hames (Haciendo mutis por la segunda izquierda.) (Yo le fotográfio. Mocho interesante.) (Vase.)

Bon. (Respondo con la vida de que es completamente tonto.)

Ros. (Por la derecha segunda puerta.) Tiene usted el cuarto número 13.

Bon. Muy bien, joven.

Ros. Ha dicho el amo que la comida se la servirán a usté en su habitasión.

Bon. Perfectísimamente.

Ros. (Mirándole.) (¡Qué repugnansia! Estos tíos debían de viví en monoplanos, pa no rosarse más que con los murciélagos.)

Bon. (Sigue la curiosidad.) Bueno. (Toma la maleta.) Usted me dirá donde...

Ros. (Por la segunda puerta del lateral izquierda.) Por ahí todo seguío, la úrtima puerta.

Bon. Voy con su permiso a asearme un poco.

Ros. Por mí, como si se quiere usté tirá a una alberca.

Bon. (Haciendo mutis.) (Educadísima.) Hasta ahora. (Vase.)

Ros. Y er caso es que me parese más infelí que un cangrejo.

Sin. (Por la cancela.) Güenas tardes. (Trae un bastón que mete miedo.)

Ros. Buenas tardes.

Sin. ¿Es este el Hotel Asme... el ramán o como se diga?

Ros. Sí, señó.

Sin. Pues haga usté er favó, fló de la maravilla, de decirle al dueño que sarga.

Ros. Está bien. ¡Josú, vaya una cañita que se trae usté pa pescá ballenas!

Sin. (Por el bastón.) ¿S'ha fijao usté en la estilográfica? Pues la traigo pa ponerle dos letras a un amigo.

Ros. Como le lleguen... (Medio mutis.) Tenga la bondá de esperarse. Puede usté leé *La liga agraria* si no quiere aburrirse. (Mutis por la derecha segunda puerta. Sinapismo se sienta y coge un periódico.)

P. Luis (Por la cancela. Es un gachó como de treinta años y viene vestído de capitán de Centuriones El casco, que acaba en punta, le está un poco grande) ¡Olé! Si me lo hacen a la medida no me sienta mejó. M'ha jurao don Manolito que este traje es er mismo que llevaba Bruto cuando mató a Césa, y como Bruto pa esto de la indumentaria era listo, me parese que voy a dá er gorpe esta tarde. Ahora que er casco, a pesá de lo que m'ha dicho el señó Tabernero el anticuario, se me figura a mí que no es to lo romano que debía sé; y además de no sé romano, se me mete demasiao en la cabeza y cuando a mí se me mete una cosa en la cabeza, acaba por darme la jaqueca.

Sin. (Que ha estado mirándole y sonriendo.) ¡Chis! ¡Carlo Magno!

P. Luis ¿Quién? ¡Calla! ¡Sinapismo!

Sin. ¿Pero qué es eso, Pedro Luí, tú de Senturión?

P. Luis ¿Cómo estoy, dí?

Sin. Te ponen en un escaparate y te compran.

P. Luis Como que er traje es auténtico. ¿Quién dirás tú que se ha puesto este traje?

Sin. Espronseda.

P. Luis Bruto.

Sin. (Molesto.) ¡Pedro Luí, que yo no sé historia!

P. Luis Porque sé que no lo sabes te digo que Bruto.

Sin. ¡Y dale!

P. Luis Bruto fué un persa de la Roma antigua.

Sin. Entonses, el traje es la chipén, ¿no?

P. Luís Como que ar pasá por la estrerería de Junquera, salió er propio Junquera y me dijo: «Adiós, Chindasvinto»; y Junquera conose la historia de Roma mejón que la pleita.

Sin. ¿Y no te pesa mucho ese casco?

P. Luis Me viene pesando desde que me lo puse, porque no es muy romano. Ahora que de sólido, fíjate; me dan un estacaso y como si se lo dieran a un castaño de Indias.

Sin. Na; que vas pa haserte una ovasión. (Alguien aplaude dentro.) ¿Lo estás viendo?

P. Luis Eso es que llama el del veintidós. Hasta ahora. (Mutis por la izquierda primera puerta.)

Sin. Le va a dar un susto al del veintidós, que ese no güerve a aplaudí ni a Tita Rufo. (Ruido de cristales rotos.) ¡Chavó!

Fras. (Dentro.) ¿Qué ha sido?

Ros. (Idem, idem.) ¡El espejo grande der comedó, que ha caído sobre la vajilla.

Fras. (Por la derecha, rechinando los dientes.) ¡Mardita sea er senisol Y to esto es el verdugo.

Sin. Caballero, güenas tardes.

Fras. Regulares ná más. ¿Qué desea usté?

Sin. Haserle una confidensia de usté pa mí.

(Nuevo ruido de cristales que se rompen.)

Fras. (Desesperado) ¡La mardesía vida! (Gritando.) ¿Qué ha sío eso?

Ros. (Dentro.) Que estoy recogiendo los cristales rompíos y se m'han güerto a caé.

Fras. Tengo er corasón que es un locomovi. (A Sinapismo.) Hable usté lo que sea.

Sin. M'han dicho en la Audiensia que el verdugo se hospeda aquí.

Fras. No me hable usté del verdugo que me busca usté una ruina... ¡Mardita sea la hora!...

Sin. (Bajando la voz.) ¿Qué me da usté si ese criminá duerme esta noche en una cama de operasiones?

Fras. (Idem.) Pida usté por esa boca de ánge.

Sin. Poca cosa; que siempre que venga yo a Sevilla a pica m'hospede usté de gratis.

Fras. Tiene usté una habitasión con barcón a la calle.

Sin. Esta es mi mano. (Se estrechan la mano.) Antonio Jaquete, alias Sinapismo.

Fras. Es usté el amo de esta casa.

Sin. ¿En qué cuarto s'hospeda ese tío?

Fras. En el número trece.

Sin. Si tiene usté argo que hasé, por mí no lo deje.

Fras. Comprendido. Voy a vé que ha sido eso del espejo. Quedamos en que esta noche...

Sin. (Enarbolando la tranca.) Anestesiao. (Se dan la mano.)

Fras. (Haciendo mutis por la derecha.) Menos mal: Dios aprieta, pero no ahoga.

Sin. Er número trece. Entro cuando él no esté en el cuarto, cierro las maderas, me escondo detrás de la puerta, en cuanto vea asomar una cabeza, le endiño, sargo de naja y averigua quién te dió. Los indurtan.

Bon. (Por la izquierda, segunda puerta.) Nada: oprimo el botón del timbre y como si oprimiera uno de mi americana.

Sin. ¡Repenco! ¡El señor Bonilla!

Bon. ¡Caracolas! El coloso de las puyas. ¿Pero qué hace usted aquí?

Sin. ¿No se acuerda usted de lo que hablamos en Madrí?

Bon. Calle; sí... (Ríe.) Viene usted a lo del Verdugo...

Sin. ¡Baje usted la voz!

Bon. ¿Eh? ¿Por qué?

Sin. Porque el verdugo se hospeda aquí.

Bon. ¿Aquí? ¡Canastos! Si no fuera por lo difícil que es encontrar alojamiento me marchaba ahora mismo.

Sin. Pierda usté cuidao, porque ese vampiro no duerme aquí esta noche. Fíjese usté. (Le enseña el garrote.)

Bon. ¡Qué bestialidad de tranca!

Sin. Tengo ya fraguao mi plan y aquí mismo, donde nota usté la presión, (Dando con un dedo a Bonilla en la cabeza.) le voy a descargar el primer trancaso.

Bon. Que Dios le recoja en su santísimo seno.

Sin. Hasta ahora. Voy a dar una vuelta por la casa pa desarrollar mi plan.

Bon. ¡Por Dios, Sinapismo!...

Sin. Los indurtan. (Se va por la izquierda segunda puerta diciendo:) Voy a ver si no está en su cuarto.

Bon. ¿Quién será ese desgraciado verdugo? También es capricho dedicarse a matar semejantes por cuatro pesetas. Esos hombres tienen que estar siempre amargadísimos y renegando de la existencia. (Se sienta junto a la mesa y toma un periódico.)

Tal. (Por la cancela.) ¡Maldita sea mi vida! Tiene uno que estar en todo. (Llama al teléfono. Bonilla le mira escamado.) ¡Central! Con el cuatro, cero cinco. ¿Eh? (A gritos.) Sí, señora. ¡Cuatrocientos cinco! ¿Está usted sorda?... ¡Maldita sea mi corazón!

Bon. (¡Caray!)

(Suena el timbre.)

Tal. (En el aparato.) ¿Cuatrocientos cinco?... Bien. Oiga usted, Capilla, ¿está listo el tablado para mañana? (Bonilla se estremece.) Pero hombre, ¿todavía estamos así? ¡Maldita sea mi existencia! Que lo arreglen de seguida. Bueno. ¿Le han contestado de Carmona? Bien. Sí. Allí haremos una muerte nada más.

Bon. (¡Dios mío! ¿Qué dice este hombre? ¿Será?...)

Tal. (En el aparato.) ¿Está ahí Cañete?... Sí... Oiga usted, Cañete, por los clavos del Señor; que quiero que la ejecución de mañana haga época. A ver si apretamos de firme.

Bon. (Horrorizado.) (Sí: es el verdugo. ¡Qué horror!)

Tal. Bueno. Adiós. Y ese tablado que lo arreglen en el acto. (Deja el teléfono.) Estoy más amargado que la ruda. ¡Maldita sea!... A ver si logro escribir... (Se acerca a la mesa y Bonilla se levanta.) No, caballero; no me molesta. Continúe usted sentado.

Bon. No, si es que...

Tal. Le suplico que no se levante, porque me incomodaría muchísimo.

Bon. (Sentándose de nuevo.) En ese caso...

Tal. Ni tinta, ni pluma, ni papel, ni sobre, ni vergüenza. Esto es una pocilga. (Gritando.)

¡Camarero! ¡Camarero! Verá usted cómo no viene nadie.

Bon. ¿Pero qué pasa aquí?

Tal. Que aquí hace cada uno lo que le da la gana, y como el dueño es un pelele, cada criado es un César.

P. Luis (Por la primera puerta de la izquierda.) ¿Han llamado?

Bon. ¡Refausto, qué ostentación!

Tal. ¿No le dije a usted, caballero? Un César. Oiga usted, Cayo Flaco, recado de escribir.

P. Luis Va en seguida. (Mutis por la derecha segunda puerta, diciendo:) (El efertito que he causao.)

Bon. (Pues el hotel no parecía tan lujoso. Me va a costar un dineral)

Tal. A esos tíos fantasmones les daba yo garrote con un gusto... (Bonilla se levanta.) Menos mal que me voy muy pronto.

Bon. ¿Se va usted a ir pronto?

Tal. Sí, señor; en cuanto haga las tres muertes que tengo anunciadas, me voy a Carmona a hacer otra.

Bon. (Y lo dice, como si dijera: me voy a comer tres magdalenas.)

Tal. ¡Crea usted que estoy más harto de ir de aquí para allá dando estos espectáculos!... ¡Maldita sea mi sangre!...

Bon. Claro, no debe ser muy agradable. Aunque esté usted avezado a ello...

Tal. Yo hubiera dejado este oficio si no lo tuviera la enorme afición que le tengo. Aficion que nos viene de herencia, porque mi bisabuelo echó los dientes en un tablado.

Bon. (Es una familia de asesinos. Sin embargo, en conciencia, yo debo decirle...) Oiga usted; por si puede usted evitarlo... viva sobreaviso.

Tal. ¿Eh? ¿Qué pasa?

Bon. No: nada. Que hay gente... Vamos, que creo que le van a dar a usted un palo.

Tal. ¡Me han dado tantos en esta vida! Y precisamente en lo que voy a hacer mañana. Hay quien dice que lo hago muy mal. ¡Bah! A quien le dan el palo mañana es a Cañete. ¿A mí?... Que lean la prensa de Cadalso de los Vidrios, de hace dos meses. Qué muerte haría, que me dieron un banquete.

Bon. (¡Hay gente para todo!)

P. Luis (Por donde se fué.) Señorito, ¿le es a usté igual papel de luto? (Se lo da.)

Tal. Es igual, después de todo, estamos en Viernes Santo.

Bon. (Voy a contarle a don Ismael mi entrevista con el verdugo.) (A Talmilla.) Beso a usted la mano. (Le da asco después de haberlo dicho.)

Tal. Para servirle.

Bon. No lo quiera la santísima Virgen. (Mutis por la izquierda primera puerta.)

Tal. ¿Y la tinta?

P. Luis Eso es lo que no hay. Pa hasé yo esta mañana la cuenta de la plasa he tenío que mojá la pluma en un calamá.

Tal. Escribiré en mi cuarto. Lo que he dicho; esta fonda es una porquería. ¡Maldita sea una bomba! (Se va por la derecha primera puerta.)

P. Luis Aquí mucho gritá, y en er teatro, desde er paraíso, no se le oye. (Se mira al espejo.) ¡Ojú, qué tipo!

(Por la cancela entran en escena DOÑA NIEVES y PRESENTACIÓN Traen una maleta y una cartonera.)

Nieves Pasa, hija mía; aquí es donde se hospeda, según nos ha dicho el ujier.

Pres. (Por Pedro Luis.) Mamá, un mascarón.

Nieves No, mujer; es un armado que irá a salir en alguna cofradía.

P. Luis (Viéndolas.) Para servir a las señoras.

Nieves Dígame, elegante centurión, ¿el dueño de este acreditado hotel?

P. Luis ¿Desean ustedes habitaciones?

Nieves Sí, señor; un cuarto para las dos. Somos madre e hija. Yo soy la madre, distinguido romano.

P. Luis Pues encantado, señora. (Llama aplaudiendo.)

Pres. ¡Mamá, qué entusiasmo!

Nieves Aquí todo es alborozo, hija mía.

Fras. (Por la derecha.) ¿Quién llama? Buenas tardes.

P. Luis Estas señoras que desean hospedarse. (Se va por la derecha.)

Fras. Perfectísimamente.

Nieves Ante todo, una pregunta. ¿Se hospeda aquí el verdugo?

Fras. ¿Quién le ha contao a usté esa patraña?

Nieves Me lo han dicho en la Audiensia.

Fras. Pues en la Audiencia le han tomao a usté la mata.

Nieves No veo el capricho.

Fras. Al instante iba yo a armití en mi casa a ese tío.

Nieves Pues entonces, usted perdone, porque nosotras veníamos a este hotel por suponer que él se hospedaba aquí.

Fras. (¿A que es verdá que ese hombre me va a llená la fonda?) Espere usté, señora; ¿cómo se llama ese verdugo?

Nieves Bonifacio Bonilla.

Fras. ¡Acabáramos! Ese sí vive aquí. Yo creí que preguntaban ustedes por otro. Tengo la cabeza que es una menaserí.

Nieves Respiro.

Fras. ¿Desean ustedes dos habitaciones?

Nieves Una sola. Somos madre e hija. Yo soy la madre.

Fras. Pues quedarán ustedes satisfechas. (Silba.) Vuelvo al momento. (Se va por la derecha.)

Nieves Estoy en brasas, porque no sé si habrá llegado ese bestia de Sansoni y lo habrá echado todo a rodar.

Pres. Mamá, no le llames bestia; piensa que es mi padre.

Nieves Bestia y muy bestia. Recuerda el trompazo que le arreó a madame Perrin, que la privó.

Pres. ¿Cómo que la privó?

Nieves Que la privó de volver a casa y se marchó sin pagarme, que es lo que me importa.

Pres. ¡Qué escándalo! No quiero acordarme.

Nieves Es verdad; qué escándalo. Resultar tu padre casado con la de los perros y la de los perros una frescales en relaciones con uno que amaestra loros. ¡Qué corrupción! Volveremos a los tiempos de Sodoma y Camorra.

Pres. ¿Y tú crees, mamaíta, que podremos arreglar nuestro asunto? Porque si yo no me caso con Rosendo, me arrebato la vida.

Nieves Hija de mi alma, no te me arrebates. Yo labraré tu felicidad aunque me cueste «La Locomotora.»

Ros. Hagan ustedes el favor de pasar, señoritas. Por aquí.

Nieves Vamos, Presentación. (Haciendo mutis con Presentación y Rosario por la escalera.) ¡Ay, señor, lo que cuestan los hijos. (Mutis.)

Fras. (Por la derecha.) Qué gorpe más tonto le he dao al reló. (Se aplica el reloj al oído.) No anda ni aunque le den un empujón. (Se lo guarda.) Me sale hoy er día por un piquito. Y es el pajolero verdugo. Cuando el tal Sinapismo le dé el estacaso y se lo lleven de aquí le voy a ensendé a nuestro Padre Jesú, un sirio de sera que va a está alumbrando cuatro días.

Sans. (Por la cancela.) Bona sera. (Trae un saco de mano.)

Fras. Para servir a usted. (Sansoni deja el saco y hace dos flexiones.) Usted dirá.

Sans. El dueño de qüesto hotele.

Fras. Para servirle y hospedarle.

Sans. ¿Hay una estanza para servitore?

Fras. Para servitores y para Rajás.

Sans. Va bene. Sanquiun. Pero antes, une parol, Hanme informato que en qüesta hospedería se instala el ejecutor de la justicia; el signore Verdugo.

Fras. Le han informato male.

Sans. ¿No se instala?

Fras. No, señor; por mi salú.

Sans. (Tomando el saco.) Bona sera. (Medio mutis.)

Fras. (¡Repinreles, que se va!) ¡Caballero!

Sans. ¿Cóman?

Fras. Ese verdugo a quien usté se refiere ¿es el que retuerse el cuello?

Sans. Chertamente.

Fras. ¡Acabaramos! Creí que preguntaba usté por un señor Verdugo de apellido. Pues, sí, señor, ese que agarrota está aquí.

Sans. ¡Oh! Siamo felices. (Deja el saco y nueva flexión.)

Fras. (Na, que el verdugo me llena la casa.) ¿Quiere usté habitación?

Sans. Subito.

Fras. Pues pase usté por aquí. (Por la escalera. Gritando.) ¡A ver!... ¡Este caballero al veintiseis!...

Sans. Gracie, musiú.

Fras. A sus órdenes. (Vase Sansoni.) ¿A que va a ser

un negocio el anunsiá en la prensa que tengo de huéspe ar verdugo?

Tres. (Por la cancela, también con su pequeña maleta.) Bon die.

Fras. (¡Otro extranjero!) Venga con Dios.

Tres. ¿Este es el Hotel Abderraman, veritat?

Fras. El mismo. ¿Desea usted habitasión?

Tres. Miri, antes deseo saber una cosa. Deseo informarme...

Fras. Si vive aquí el verdugo de Sevilla, ¿no?

Tres. Caray, nombre, le ha dado ustet en la yema; sí, señor.

Fras. (Indicándole la escalera.) Por aquí, caballero. (Gritando.) ¡Este caballero al diez y nueve! .. Pase usté.

Tres. Con su venia. (Mutis.)

Fras. (Muy contento.) Pa que hablen luego de maleficios. Yo al verdugo le hago una ampliasión y le pongo ensima de la cancela. (Mutis por la derecha segunda puerta.)

(Por la izquierda, primera puerta, entran en escena BONILLA e ISMAEL. Este trae una carta en la mano.)

Bon. Pues ya le digo, le advertí lo del palo y lo tomó a chirigota.

Ism. ¿Pero quién dice usted que es el verdugo?

Bon. Un señor muy maldiciente que ha estado aquí hablando del tablado y de la ejecución y me ha dicho que hizo una muerte en no sé qué Cadalso y que le dieron un banquete.

Ism. (Yo creo que este Bonilla está perturbado.)

Bon. Convénzale usted para que no tome a chacota lo del estacaso, porque Sinapismo le chafa el cráneo.

Ism. Sí, sí... (¿Cómo le digo yo que le verdugo es él?) Bueno, yo voy a echar esta carta en el estanco de la esquina. Vuelvo en seguida.

Bon. Le acompaño.

Sans. (Por la escalera. Al ver a Ismael.) ¡Per Baco! ¡El jovene de «La Locomotora!»

Ism. (¡Arrea, el atleta!) ¿Pero usted en Sevilla?

Sans. Vengo a tener el jubiloso piacere de cambiar due parole (Hace una flexión.) con el verdugo de Sevilla. ¡Ah! (Nueva flexión.)

Ism. ¡Dios mío!

Tal. (Por la derecha primera puerta.) ¡Maldita sea mi estrella! ¿Dónde habrá un horario de los ferrocarriles? (Busca en la mesa.)

Bon. (A Sansoni) ¡Hombre, caballero italiano; ahí tiene usted al verdugo!

Ism. (Tirando de Bonilla hacia la cancela.) ¡La que se va a armar! (Mutis.)

Sans. ¡Oh, divino Benvenuto! (Hace una flexión.) Questa e la mía.

Tal. (Con un periódico en la mano.) (Vamos, hombre, menos mal. De algo había de servir este papelucho.) (Se va por la derecha primera puerta.)

Sans. (Se va tras Talmilla, quitándose los puños de la camisa.) Va a credere que hay temblore de terra.

Hames (Por la izquierda, con una máquina de fotografías.) Yo querer fotografiar a ese hombre carnivoro. (Llamando.) ¡Frasquete! ¡Señor Frasquete!

Fras. (Por la derecha.) ¿Qué pasa?

Hames ¿Sabe dónde andar verdugo?

Fras. Creo que está en su cuarto: estará echao.

Hames Quiero verle.

Fras. Espere usté. (Llamando.) ¡Pedro Luí!

P. Luis ¡Va! (Dentro.)

Fras. Ahora le mandaremos recao.

P. Luis Mandusté.

Fras. Llégate ar número trece y dile al... bueno, al caballero que lo ocupa que aquí le buscan.

P. Luis Sí, señó.

Fras. Puede que esté durmiendo, de manera que abres la puerta, asomas la cabeza y lo llamas.

P. Luis Sí, señó. (Mutis por la izquierda segunda puerta.)

Hames Ser mocho extraordinario ese hombre. Querer matar a toda familia de condenados.

Fras. ¿Pero es verdá?

Hames Dise no estar contento si no mata cuatro mil personas.

Fras. ¡Virgen de las Angustias! (Suena dentro un golpe.)

P. Luis (Dentro. gritando.) ¡Socorro, que me matan!...

Hames ¡Rebuding!

(Nuevo grito de Pedro Luis, dentro.)

Fras. ¡Corra usté, que está matando a Pedro Luí!

(Se van corriendo por la segunda puerta de la izquierda.)

Ros. (Por la escalera.) ¿Qué ha sido? Creí que pedía auxilio Pedro Luí. (Nuevo golpe dentro.) ¿Eh?

Tal. (Dentro, gritando.) ¡Favor, que me asesinan!

Ros. ¡Dios mío! Si es el señor Talmilla. (Hace mutis corriendo por la primera puerta de derecha.)

(Por la escalera entran en escena, DOÑA NIEVES, PRESENTACIÓN y TRESSOLS, muy alarmados.)

Nieves ¿Dice usted que pedían auxilio?

Tres. Si, señora.

Pres. ¿Qué habrá ocurrido?

Sin. (Por la izquierda segunda puerta, con media tranca en la mano.) ¡Los indurtan!

Nieves ¡Sinapismo!

Tres. ¿Qué ha sucedido?

Sin. Que le acabo de pegar un estacaso al verdugo de Sevilla, que no hay quien le quite dos meses de cama.

Nieves ¡Dios mío!

Pres. ¡Mamá!

Tres. ¡Adiós negocio!

Sans. (Por la derecha primera puerta.) ¡Vengato! La venganza e piacere celeste.

Nieves ¡¡Sansonil!

Sans. ¡Oh! Ride, madama. He comensato mis pur parlere con el verdugo.

Nieves ¿Eh?

Sans. Le he dado en pleno naso con todas mis forzas.

Nieves ¿Al verdugo?

Sans. Eco. ¡Qué gradiosa hemorragia nasale!

(Por la izquierda entran en escena HAMES y FRASQUITO, conduciendo a PEDRO LUIS. Este trae el casco metido hasta la boca)

Fras. Por aquí.

Hames ¡Animos!

P. Luis Quitarme el casco que me ahogo.

Sin. (Desesperado.) Pero a quien le he pegao yo, ¡mardita sea! (A duras penas le quitan el casco a Pedro Luis.)

(Por la derecha entran en escena, ROSARIO y TALMILLA. Este trae un pañuelo aplicado a las narices.)

Ros. ¿Pero quién le ha pegado a usted, señor Talmilla?

Sans. ¿Talmilla?

Tal. Debe haber sido el crítico de *La Voz de Sevilla,* pero yo le juro a usted que ese de *La Voz,* me oye.

P. Luis Bueno, al casco le debo la vida; pero me lo han abollao y ahora el amigo Tabernero no va a queré armitirme el casco y yo le doy dos puñalás al sinvergüenza que m'ha pegao a traisión, sea quien sea.

Fras. ¡Carma!

Sans. (A Frasquito por Talmilla.) ¿Pero ese signore no es Bonilla, el verdugo?

Fras. No, señor.

Bon. (Por la cancela, con ISMAEL. Muy contento.) ¡Oh! Qué alegría tan grande. ¡Ustedes aquí!

Nieves ¡Señor Bonilla!

Tres. ¡Por fin!

Sans. (¡Santa Madonna! ¿Questa alimaña es Bonilla?) (A Frasquito.) ¿Quello el verdugo?

Fras. Sí, señor.

Sans. ¡Tiroles! (Le da un metido y lo tira sobre Talmillá. Todos gritan.)

Bon. ¡Socorro!

Ism. ¡Ya se armó el gazpacho!

Hames (Colocándose entre Sansoni, en defensa de Bonilla.) No ser caballero quien pega a un hombre indefenso.

Sans. Yo le pego a ese gusarapo bambino y a usté. (Le arrea otro metido que le hace dar dos vueltas. Nuevos gritos e intervención de los demás.)

Hames (Conteniéndose.) Osté pegar a tontos y locas, pero morirá a mis manos. Lo juro.

Sans. (A Hames.) Déjeme usté in pache. (Por Bonilla.) Yo a quien voglio asesinare es a ese bandido. ¡Al verdugo de Sevilla!

Bon. ¿Eh? ¿Yo el verdugo?

Sin. ¡Mi madre! ¿qué dise este holandés?

Hames (A Sansoni.) ¡Yo por ser el verdugo lo defiendo!

Bon. ¿Pero yo el verdugo? ¡Nieves!... ¡Señor Canales! (Nieves y Canales bajan los ojos.) ¿Yo el verdugo?

Fras. Sí, hombre, sí. ¿Se va usté a hasé de nuevas? Y coste que yo lo he armitido en mi casa porque me lo ha ordenado el Gobernadó.

Bon. ¡No! ¡No! ¡Yo el verdugo, no!

Nieves Sí, Bonilla, sí.

Sin. ¡¡Los indurtan!! (Arrea un trompazo a Bonilla y cae éste desmayado en brazos de Nieves y Presentación.)

Hames ¡Cobarde! (Se abraza a Sinapismo y forcejean.)

Tal. (A Rosario, por Sansoni.) ¿Pero ha sido ese? ¡Sinvergüenza! (Se abraza a Sansoni y forcejean también.)

Fras. ¡Señores!

Ism. ¡Caballeros!

Tres. ¡Por favor!

Pres. ¡Mamá!

Nieves La batalla de Sedán fué un juego de bolos. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Son las diez de la noche. El patio del Hotel Abderramán está espléndidamente iluminado.

—

(Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Unos cuantos loros dentro graznan, dan gritos guturales y silban con eco atiplado y estridente.)

Fras. (Por la izquierda, silbando, aplaudiendo y llamando a gritos.) ¡Rosario!... ¡¡Rosario!!...

Ros. (Por el último término de la derecha.) ¿Qué pasa?

Fras. ¡Mujé, esos lòros! .. ¿No te he dicho que apagues la lú del pasillo, pa que no vean claridá?

Ros. Pero si yo la apago; es que luego los huéspedes por no tomarse la molestia de ir a tientas la vuelven a ensendé.

Fras. ¡Mardita sea! Dios me tenga en cuenta el Viernes Santo que estoy pasando. Entra, mujé y apaga, porque si no los mardesíos loros van a sé mi ruina. (Hace mutis Rosario por la derecha primera puerta. Un silbido dentro.) ¡Va!... (Aplaudiendo.) ¡Vaaá! (Una voz dentro llama a Rosario.) ¡¡Ya vaaá!!... (Callan los loros. Sentándose.) Pos no me da la gana de acudí, ¡que se chinchen!

Ros. (Por donde se fué.) Ya está.

Fras. Escucha, ¿pero qué ha pasao que la señora esa ha metío en la fonda catorse loros más?

Ros. ¡Yo que sé! Ella salió de aquí disiendo que iba al Circo a ensayá y a la hora y media

llegó el criao negro con un montón de jaulas, las puso en er pasillo y me dijo: dile ar patrón, que mi ama de acuerdo con lo convenido, pagará un reá diario por el pupilaje de cada loro.

Fras. Pos no señó; yo le armití tres y a ese presio, porque me dijo que estaban afónicos; pero catorse más, ni aunque me los pague a sinco duros. Que arquile una selva virgen de la Australia. Ya hablaré yo con ella.

Ros. Aquí la tiene usté.

Mme. Per. (Por la cancela. Viene hecha una furia.) ¡Nunca! ¡Nunca! ¡No me había sucedido nunca! ¡Ah! Pero a ese canalla le saco yo los ojos como me llamo Aurelia!... Usted me dispense, señor Frasquito.

Fras. ¿Eh? ¿Qué le ha ocurrido a usted?

Mme. Per. Una cosa inaudita. A mí, no lo niego, me han despedido siempre los empresarios la misma noche del debut, pero despedirme en un ensayo general, eso no me había ocurrido jamas. ¡Grosero! ¡Hipopótamo!

Fras. Entonses el envío de los loros obedese...

Mme. Per. Obedese a que al terminar de ensayar mi número, me dijo el empresario: «Si quiere usted ganar algún dinero con esos loros, le aconsejo que los diseque y que los venda en un gabinete de historia natural.» ¿Qué les parece a ustedes el exabrupto?

Ros. Pero ¿es que no trabajaron bien?

Mme. Per. ¡Muy bien! Claro que mis loros no están Zaconi, ni Novelli ni Tita Rufo; no están más que unos pobres animales, y ya se sabe que los animales cuando quieren lo hacen bien y cuando no la descacharran. Pero yo respondo de que los entremeses que interpretan mis loros se los saben como cotorras.

Ros. ¿Pero representan comedias?

Mme. Per. Mejor que muchos actores. Tienen de repertorio dos entremeses que están dos monaditas. Uno se titula «Para España y para Portugal» y el otro «El loro y el moro.»

Ros. Qué cosa tan grasiosa.

Mme. Per. Pues al empresario le han parecido sicalípticos. Y todo porque en «Para España y para Portugal», uno de los loros—que hace de

usurero—le dice a una cotorra que figura deberle cuarenta céntimos, resto de una cuenta: «Oye, rica, aquí vengo a que me des el pico.»

Fras. Muy grasioso.

Mme. Per. Toda la obra está llena de esas agudezas; porque en otra escena un loro le dice a otro que le deje prestadas cuatro plumas. (Ríen Rosario y Frasquito) Ustedes se ríen, pues el empresario ni sonreirse siquiera. Claro que el entremés he tenido yo que recitarlo porque a los dichosos animales no sé que demonio les ocurría que no hacían más que cantar eso de «A beber, a beber y apurar las copas del licor», que no sé donde lo han aprendido. ¡Ah! Pero a ese empresario le doy yo un disgusto muy grave.

Fras. Bueno, mire usté, señora, yo lo siento muchísimo, pero esa compañía de loros no puede continuar en el hotel, porque ya se me han quejado los huéspedes.

Mme. Per. Y qué hago yo con ellos, ¿me los como?

Fras. Comérselos, no, porque eso es muy duro, pero compre usté un jaulón, se los lleva usté a la Alameda de Hércules y allí que canten la *Marina* hasta que cojan un reuma.

Mme. Per. Nosotros convinimos en que yo pagaría un real por cada loro.

Fras. Por los tres primeros; y convinimos también en que era un presio baratísimo y que no se lo diría usted a nadie, pero los primeros en cacarearlo son los loros que se pasan el día gritando «Lorito real, lorito real» y eso no es lo tratao.

Mme. Per. Bueno, ya hablaremos mañana de los loros. Ahora no puede ser porque tengo la cabeza a pájaros. ¡Ah! Pero ese canalla, sinvergüenza, bandido, ha de saber muy pronto quien soy yo. (Mutis por la derecha primera puerta.)

Fras. Bueno, si mañana no se los lleva, en cada jaula meto un gato y a ver qué pasa. Anda a ver lo que quiere el del diez y nueve, que ha llamao hase un rato. (Mutis por la izquierda, segunda puerta.)

Ros. Sí, señó. (Mutis por la derecha, segunda puerta.)

(Por la izquierda, primera puerta, entran en escena HAMES e ISMAEL.)

Ism. Yo creo, mister Hames, que ha tomado usted demasiado a pecho ese incidente sin importancia.

Hames Yo matar a Sansoni. Haberlo jurado por madre mía que no tenga ella nunca enfermedad.

Ism. (Lo mata, porque lo ha jurado por la salud de su madre.)

Hames Mi salvar honra.

Ism. ¿Pero lo va usted a asesinar?

Hames Un duelo a la americana. Rifle en campo, veneno a la suerte o lucha en un simón poñal en mano. Me da igualmente. Le soplico comunique a ese vagabundo mi decesión. Yo ir a mi cuarto a enviar Cónsul mi testamento. (Mutis por la izquierda, segunda puerta.)

Ism. Bueno, a Sansoni no le vuelven a contratar, porque él levantará dos mil kilos con la espalda, pero como el inglés le enfile, no hay atleta que levante a Sansoni.

Tal. (Por la derecha, primera puerta. Trae la nariz como un tomate.) ¡Maldita sea el comadrón que me dió los primeros azotes! (Silba.)

Ism. Caray, el farandulero.

Tal. Nada, que este hotel es una pantomima.

Ism. ¿Cómo sigue usted, señor Talmilla?

Tal. Cómo quiere usted que siga; maldita sea mi existencia; con unas palpitaciones en las sienes y unos ruidos sordos en los oídos que parece que tengo dentro del cráneo un gramófono tocando las Walkirias.

Ism. ¿Pero tan grande fué el puñetazo?

Tal. Yo creo que se lo da a un acorazado y lo abolla.

Ism. ¡Qué bruto!

Tal. Como que no huelo nada. (Huele.) ¡Nada! Me he metido hilas impregnadas en amoniaco y ni estornudar. Ese tío me ha dejado la pituitaria como para regalarla. (Aplaude.) ¡Pero qué hará esta gentuza, maldita sea el mapa! Le he pedido a Rosario un sinapismo para ponérmelo en la nuca á ver si me baja la congestión, y como si le hubiera pedido cinco duros.

Ros. (Por la escalera.) ¿Llamaban ustedes?

Tal. Estoy llamando desde que mataron a los Comuneros.

Ros. Usté dispense.

Tal. ¿Que hay del sinapismo?

Ros. ¡Várgame Dió! Qué cabeza tengo; se me había orvidao.

Tal. Vaya usted por él inmediatamente. (Gritan los loros dentro como antes.) ¡Otra vez los loritos! Rosario.

Ros. Mandusté.

Tal. Toma, tráeme de paso una peseta de peregil.

Ros. ¿Una peseta?

Tal. Sí. En mi cuarto estoy. Hasta luego. (Olfateando.) ¡Maldita sea la viruta!.. Nada, que en esto del olfato soy un cadáver. (Mutis por la derecha, primera puerta.)

Ros. Voy por el mantón. (Mutis por la derecha, segunda puerta.)

Ism. Bueno; quiera Dios que Sansoni no me dé una torta, porque el encarguito que le llevo es de cuidado. (Mutis por la escalera.)

Nieves (Por la cancela. Entra aplaudiendo.) ¡Camarera!

Ros. (Por la derecha, con el mantón en la mano.) ¿Llamaba usté, señorita?

Nieves ¿Sabe usted si ha salido el señor Sansoni?

Ros. ¿Ese que se pasa el día en cuclilla y desperezándose?

Nieves El mismo.

Ros. En su cuarto está hasiendo gimnasia.

Nieves ¿Y sabe usted si anda por ahí ese picador... el Sinapismo?

Ros. Aquí estuvo hace media hora. Preguntó por el verdugo, y cuando le dije que estaba mejó y que había salido a la calle, dijo mordiéndose los deos: «¡No le cogí de lleno; otra vé será!», y tomó la puerta.

Nieves (Veo a mi hija huérfana.) Pues muchas gracias.

Ros. ¡Ah! Un caballero ha dejado para usté esta tarjeta. (Toma del casillero una tarjeta y se la da.) Tome usté. (Mutis cancela.)

Nieves (Leyéndola.) ¡Don Rosendo en Sevilla! (Lee.) «Me hospedo en el Hotel Caracas. Deseo hablar con usted esta misma noche.» ¡Dios mío, se complica la boda de mi hija de un

modo que la veo confeccionando *trouseaus* para las imágenes. Voy a llamar al señor Bonilla. Me dijo que aguardaba detrás del kiosco. (Se asoma a la cancela.) No le veo. (Llama.) ¡Don Bonifacio!... ¡Don Boni!... Allí surje. Puede usted venir. ¡Pobrecillo; trae la color de la mayonesa!

Bon. (Asomando la cabeza.) ¿Puedo pasar?

Nieves Sí, hombre, sí; ¿pero dónde se había usted metido?

Bon. En el portal de ese retratista de ahí enfrente. Pensé que tardaría usted más en sus averiguaciones y me dije: «Me entretendré viendo fotografías», pero, sí, sí: hay cincuenta y tantas y todas son de Belmonte.

Nieves Bueno, señor Bonilla; no tenemos más remedio que determinar, pero rápidamente.

Bon. Le he repetido, doña Nieves, que lo que usted decida me lo pone a la firma.

Nieves Ahora más que nunca urge una solución. El futuro suegro de mi hija está en Sevilla, vendrá a romper en definitiva, y eso no puede ser, señor Bonilla; porque si eso ocurre, si la boda se deshace, mi hija tomará una sustancia ponzoñosa, yo sucumbiría a la catástrofe, y usted, que tiene un corazón que es una esponja, moriría entre alaridos de remordimiento.

Bon. Señora, me mete usted el corazón, no en un puño, en un gemelo.

Nieves Señor Bonilla, usted no puede continuar siendo verdugo ni una hora más.

Bon. Una hora es mucho, señora; ni cuatro minutos; ¿pero qué hacer? ¿No venimos de la Audiencia sin haber logrado ver al Presidente?

Nieves Exactísimo.

Bon. ¿No nos ha dicho el portero que tengo que extrangular, quieras que no, a esos desgraciados, porque la dimisión de este carguito no se admite en vísperas de agarrotamiento?

Nieves Verídico.

Bon. ¿No le he jurado a usted que estas manos pecadoras no matarán jamás a nadie?

Nieves Muy cierto.

Bon. Pues a ver qué hago yo, doña Nieves, porque

como este problema no me lo resuelva Edisson... yo confieso mi estupidez cerebral.

Nieves Señor Bonilla, ¿usted es un hombre de honor?

Bon. Y lo seré hasta la expulsión de mi último hálito.

Nieves Entonces, si quiere usted lavar la grasienta mancha que ha caído sobre usted y sobre mi inocente hija, no le queda más que un camino.

Bon. Indíquemelo y lo transitaré sin titubear.

Nieves La muerte.

Bon. ¡Recometa!

Nieves Todo lo recometa que usted guste, pero el militar pundonoroso que se distrae y le toman un fuerte, se suicida; el experto marino que por una distración pierde la nao... se destapa el cráneo.

Bon. Un sólo ejemplo me hubiera bastado, doña Nieves. Yo no he distraído nada ni jamás pensé en distracciones, pero lo comprendo. En la historia del cristianismo son múltiples los mártires; yo seré otro de esos múltiples, digo de esos mártires; yo moriré para no ser causa de la infelicidad de esa hija de la que no soy padre.

Nieves (Secándose una lágrima.) Es usted santo y será mártir. El nimbo que circunde su coronilla tendrá las dimensiones del arco iris; qué digo el arco iris, las del anillo de Saturno.

Bon. Moriré, sí; pero no a mis propias manos. El suicidio no es acción digna de un justo. Haré que me maten: ofenderé, insultaré, escupiré a los rostros, hasta que encuentre al hombre digno que aplaste mi cabeza

Nieves Esa idea le enaltece, señor Bonilla.

Bon. Y haré más. Para no comprometer a mi inocente matador, escribiré una carta para que no se culpe a nadie de mi muerte. Voy a escribirla. Si usted entre tanto puede enemistarme con alguien y prepararme un golpe certero, se lo agradeceré eternamente. Hasta ahora.

Nieves Adiós, san Bonifacio. (Vase Bonilla por la izquierda, segunda puerta.) Es un apóstol; dentro de un año la americana que lleva puesta se

guardará como preciada reliquia, y yo iré devotísima a besar el forro.

Tal. (Por la derecha, primera puerta.) Esto del sinapismo pica ya en cuchufleta. ¡Maldita sea la viruela! (Llamando.) ¡Rosario! (A Nieves.) Buenas noches, señora.

Nieves Buenas noches. Qué, ¿sigue usted mejor del puñetazo en las narices?

Tal. No me lo recuerde usted, porque si cogiera ahora mismo al que lo ha propinado le hacía pavesas.

Nieves Pues ese puñetazo se lo debe usted al señor Bonilla; al verdugo.

Tal. ¿Es posible?

Nieves Claro; como que le dijo al atleta que usted andaba diciendo por ahí que las pesas que él levantaba en el circo eran de aluminio.

Tal. ¿Que yo había dicho?... Pero si yo no conozco a ese atleta, ¿qué interés tenía ese bandido?...

Nieves Lo ignoro, pero el señor Bonilla debe conocerle a usted muchísimo, porque aquí nos estuvo contando que usted se dedicó al teatro cuando salió del presidio de Ceuta, donde estuvo usted veinte años recluido por haber asesinado a su virtuosísima madre.

Tal. ¡La destrucción de Cartago!... Bueno, yo primeramente voy a darle un abrazo a ese señor Sansoni, porque es muy de agradecer que se haya contentado con darme una sola morrada, y luego busco al verdugo y... lea usted mañana cualquier periódico de la localidad y fíjese en la sección de esquelas mortuorias; porque ese verdugo no vuelve a matar ni el tiempo. A sus pies, señora. Reconocidísimo. (Haciendo mutis por la escalera.)

Nieves Este lo hace trizas. Diré al señor Bonilla que dentro de un rato subirá al cielo. (Mutis por la segunda puerta de la izquierda.)

Fras. (Dentro.) Sí, señora; está en su cuarto. (Entra en escena con HAMES, por la segunda puerta de la izquierda.) Bueno, pero, mister, aguarde usté a que baje don Ismael.

Hames No, señor.

Fras. Pero, ¿pa qué quiere usté ver al atleta?

Hames Para hacerlo puré de potetos.

Fras. Eso será a treinta kilómetros de aquí, porque en mi casa no quiero más escándalos.

Hames Usté hacer encargo rápidamente.

Fras. Está bien. Dentro de un mes me veo enseñando la Catedral, como Cotorra. (Mutis escalera.)

Hames Esperaré fríamente llegada de ese tirititira haciendo flexiones para entrenamiento. (Comienza a hacer flexiones con los brazos y con las piernas, que parece que está bailando cachazudamente unas sevillanas.) No recordar tener yo nunca carácter más agrio ni humor tanto grave.

Nieves (Por donde se fué.) (¡Pobrecillo! Le he dado la noticia de que van a machacarle la cabeza y ha sonreído como los cristianos en el Coloseo. Caramba, qué alegre está el inglés. Llamaré a Presentación para que me acompañe a ver a don Rosendo.) (Llamando junto a la escalera.) ¡Presentita! Baja con el chapó.

Hames Ahora poder matar atleto de una puñada. Aquí no haber más atleto que yo.

Pres. (Por la escalera.) Mamá.

Nieves Acompáñame. (A Hames.) Muy suya.

Hames Gud nai. (Se van Nieves y Presentación por la cancela.)

Fras. (Por la escalera.) Señor Koles. Dice el atleta que lo espere usté a las diez y media en una barquilla debajo del tercer ojo del puente de Triana.

Hames ¡Oh! Un duelo acuático. Gostarme mocho. No habérseme ocurrido. Llevo revólver. Llevar mocho dinero. Le venceré. (Sonríe.) Ser mocho nuevo matar un hombre en un barquillo. Hasta luego. (Mutis por la cancela.)

Fras. Buena suerte. Señores, la de dramas que se han desarrollao en este hotel en un puñao de horas. (Vuelven a cantar dentro los loros.) ¡Maldita sea er peregí! ¿Quién habrá ensendío er pasillo? (Mutis por la derecha primera puerta.)

(Por la escalera entran en escena ISMAEL, SANSONI y TALMILLA.)

Ism. Aseguro a ustedes que el señor Bonilla es un Angel de la Guarda con cazadora.

Sans. E vero. Hace un picolo instante he tenido una conversacione con mi filia y me he

convencido. El historiale de Bonilla es una especie de monografía de San Jovani di Dío. ¡Pobre musiú!

Tal. Maldita sea el hidrógeno, pero, ¿por qué me habrá metido esa señora ese saco de bolas?

Ism. Adivino la causa, señor Talmilla. Hace media hora me dijo doña Nieves que iba a proponer al señor Bonilla el suicidio; Bonilla que es un cacho de pan, no tendrá valor para matarse y estarán buscando a alguien que le dé un mal golpe.

Sans. Evidentísimo.

Tal. Pues no he de ser yo, no.

Sans. ¡Pobero signore!

Ism. Bueno, señor Sansoni, son las diez y cuarto. Le recuerdo que ha citado usted al inglés en el Guadalquivir a las diez y media.

Sans. Ahora non poso acudire. Le enviaré luego un continentale diciéndole que me espere en la gondola hasta domani per la matina. Ahora vado a tener una entrevista pacifica con la mía moglie. Con permeso. (Se va por la derecha primera puerta.)

Ism. Usted lo tiene, vaya usted con Dios. Avisaré a mister Hames, porque si se pasa la noche en el río va a pescar un reuma como para gastarse mil duros en salicilatos. Hasta ahora. (Se va por la cancela.)

Tal. Adiós. Señores, qué vida esta. ¡Pobre señor Bonilla! Está visto que al que es bueno le acogotan. Pues yo tengo mal genio, pero a ese apóstol ni tocarle al pelo de la ropa. ¡Maldita sea el vitriolo! Y sin traerme el sinapismo. Aquí hay que hacer una gorda. ¡Rosario!

(Le da una patada a una silla y la tira a rodar en el momento que se presenta BONILLA por la segunda puerta de la izquierda.)

Bon. (¡El! Y que está como para hacerme carne líquida. ¡Dios mío que me haga sufrir poco!) (Se sienta ante la mesa.)

Tal. (Viendo a Bonilla.) (La pobre víctima inmolada.)

Bon. (Echaré unos leñitos al fuego. Con poco que haga me desempadrona.)

Tal. (Tiene todo el tipo de un evangelista.)

Bon. (Mirándole descaradamente.) ¿Qué dice el histrión?

Tal. ¿Histrión?... (¡Ah, ya caigo! Anhela el golpe que lo despene. ¡Pobrecillo! Le oiré como quien oye una charanga.) (Ofreciéndole un cigarro y sentándose frente a él.) ¿Quiere usted fumar?

Bon. No, señor. El fumar es una estupidez y yo no hago estupideces.

Tal. Como usted quiera. (Fuma.)

Bon. Pues sí; he sido la causa de ese trompazo que le han arreado, tan merecido...

Tal. Hombre, tan merecido...

Bon. Digo tan merecido, porque usted como actor es una calamidad, y como hijo y hermano una cosa criminal y despreciable. Me da usted asco, (Saca la carta que se supone ha escrito, apoya la frente en la mesa esperando que le aplaste la cabeza y dice conmovido.) (Recógeme en tu seno.)

Tal. ¡Pobre! Cómo lucha.

Bon. (Levantando un poco la cabeza.) (No me explico.) Claro que de ser lo que es usted a descerrajar baules hay el canto de un papel de seda.

Tal. Hombre, hombre, señor Bonilla.

Bon. (Se va picando.) Y como la cara es el espejo del alma, en cuanto le ví a usted pensé: este bandido por cinco céntimos es capaz de matar vivo a su padre. (Vuelve a apoyar la cabeza rezando.) (Padre nuestro que estás en los cielos...)

Tal Me ha conmovido. (Se levanta y se seca una lágrima en medio del asombro de Bonilla.) Dentro de diez años llevará su nombre una catedral. (Le besa la calva; mutis por la derecha primera puerta.)

Bon. Yo creí que tendría un adarme de decoro, pero por lo visto es más tranquilo que una alberca. Bueno; los hay que van al Polo y se llevan un ventilador. ¡Dios bendito! ¡El atleta! Ahora sí que sucumbo.

Sans. (Por la derecha primera puerta.) (Creo que la he convencido. Es una moglie ideale. Si no se fugara con tanta frecuensia.) (A Bonilla.) Bona sera. (Se dirige hacia la escalera.)

Bon. (Llamándole) ¡Chis!... Volatinero. (Sansoni se detiene asombrado.) Sí: a usted; tenga la bondad. (Creo en Dios Padre todo poderoso...)

Sans. ¿Cosa volete?

Bon. Un momento. Esta tarde me ha dado usted un metido como para atontar a un elefante.

Sans. Prego me perdone.

Bon. Y yo quiero hacerle constar que no respondí a esa caribe agresión porque yo no acostumbro a pegar a las doncellas anémicas como usted.

Sans. (Haciendo una flexión.) ¡Por Paolo y Francesca!

Bon. (A ti voy, Dios mío.)

Sans. (Ya capisco: desea morire. ¡Pobero San Jovani Bautista!) (Poniéndole una mano en el hombro.) Bonollisimo caballieri, yo le estoy reconochutísimo por los beneficios que ha hecho a mi filia.

Bon. ¡No! Usted no es su padre, porque ella es un ángel y usted es un sinvergüenza.

Sans. ¡Signor Bonilla!

Bon. (Cada vez más excitado.) Y su padre de usted otro sinvergüenza. (Agacha la cabeza y enseña la carta.)

Sans. ¡¡Signor Bonilla!!

Bon. Y tiene usted menos fuerza que una gaseosa. (Se arrodilla y agacha la cabeza.)

Sans. (Dirigiéndose a la escalera.) A este pobero lo entierran en el Vaticano. (Mutis por la escalera.)

Bon. ¡Recanastos! Que esto yo no lo aguanto. Estos desprecios son cien veces peores que la muerte. (Voces dentro.) ¿Eh?

Mme. Per. (Dentro.) ¡Miserable!

Fras. (Dentro.) ¡Pero, señora!

(Salen por la primera puerta de la derecha MADAME PERRIN, viene furiosa y trae un revólver en la mano.)

Mme. Per. Atrévase a tirar mis loros por la ventana y lo dejo seco de un pistoletazo. ¡Sinvergüenza! (Frasquito vase segunda derecha.)

Bon. (En un arranque.) ¡La sinvergüenza es usted! (Abre los brazos en cruz esperando el pistoletazo.)

Mme. Per. ¡Bonilla!

Bon. Sí, Bonilla, que siente por usted el más profundo de los desprecios. ¡Sí! Porque usted ni es artista ni capaz de domesticar a un mico, y además es usted más vieja que el

loro más joven que tenga. (Poniéndose de nuevo en cruz.) ¡A ver esa pistolita!

Mme. Per. Si está usted loco que lo encierren. Yo no discuto con perturbados. (Voy a hacer las paces con mi marido para que me pague el hotel.) (Mutis por la escalera.)

Bon. (Desalentado.) ¡Otro desprecio! ¡Dios santo! ¡Ah! Tressolles, mi socio. Sí. Ese me asesina. (Hace mutis por la escalera.)

(Por la cancela entra en escena ANTONIA, una muchacha de manton. Trae una carga en la mano.)

Ant. A la pá de Dió. (Llamando.) ¡Patrón!... ¡¡Patrón!!...

Fras. (Por donde se fué.) ¿Qué pasa?

Ant. ¿Don Frasquito Mediano, es aquí?

Fras. Servidó.

Ant. Lea usté este papelito que m'ha dao un inglé que está en casa de mi padre y que s'aloja acá, según dise.

Fras. ¿A ver? (Toma el papel y lee) Amado «Frasquita. Entregue cincuenta pesetas a esa niña por propino de un traje fashionable que me ha prestado. Le reconozco, Hames Koles» Bueno, esto será un trajesito de Ataurfo que l'habrá colocao tu padre, ¿no?

Ant. No, señó, verá usté: estábamos nosotros senando en er patio de casa, cuando de pronto vimo aparesé un inglé en elástica y carsonsillos blancos.

Fras. Várgame Dió; lo han desnuao.

Ant. Sí, señó. Nos contó mu chapuseramente que había estao aguardando a uno en un bote y que cuatro mal age, asartaron er bote, le quitaron la ropa y lo dejaron como a un anuncio del doctor Rasurel.

Fras. Chavó.

Ant. Mi padre le ha prestao un traje, y él tan agradesío no quiere moverse de allí hasta que yo no lleve las cincuenta pesetas que nos da de propina.

Fras. Pos ahí van. (Le da un billete.) Las cosas que l'ocurren a estos ingleses.

Ant. ¡Ah! M'ha dicho que pa cuando el venga que haiga aquí un masagista pa darle frursiones y que mande usté por Pirperasina porque se l'ha agudisao el artiritismo.

Fras. Dile que se hará tó.

Ant. Ea, pos quede usté con Dió.

Fras. Vaya usté con salú. (Mutis de Antonia por la cancela.) Bueno, en cuantito el inglés se eche a la cara al hércules lo hase harina Nestlé. Y estoy viendo que la grecoromana va a ser en mi casa. Ná, que tengo ensima la embetuná.

Ros. (Por la cancela. Trae un gran manojo de peregil.) ¿Ha llamado arguien?

Fras. ¿Pero de dónde vienes tú?

Ros. De comprá unas cosas pa er cómico. ¡Ah! Er señó Sinapismo y Cotorra traen ahí a Pedro Luí.

Fras. ¡Josú!

Ros. Debe traer una merluza como pa un banquete. Se han parao ahí a hablá con una muchacha que salía de aquí que la conose Cotorra. (Mutis derecha primera puerta.)

Fras. No quiero verle pa no buscarme una ruina. (Mutis por la derecha segunda puerta. SANSONI y MADAME PERRIN, del brazo y muy amartelados, entran en escena por la escalera.)

Sans. Sí, tengo plata, carina, y por si fuera poco esa donna, la propietaria de «La Locomotora», la madre de mi filia, me ha dado dos mil pesetas para que la deje en paz.

Mme. Per. Ol rait, carino Sansoni.

Sans. La vita nos sonride. (Se van amarteladísimos por la primera puerta de la derecha.)

(Aparecen por la cancela SINAPISMO y COTORRA trayendo a PEDRO LUIS, vestido aún de romano, y con una cogorza que no se puede tener.)

Sin. Levanta er pie, Pedro Lui.

P. Luis ¿Hay argún ostáculo?

Sin. No, pero si no levantas er pié, ¿cómo vas a andá?

Cot. Vamos, hombre.

Sin. Agarra, Cotorra. ¡Hala! (Entre los dos lo sientan en una mecedora.)

P. Luis (Meciéndose.) Pararme esto, que me voy a mareá.

Sin. Que le sursan.

(Pedro Luis, a poco, queda dormido.)

Cot. Güeno; yo me voy corriendo a casa der Trianero a vé que l'ha pasao al inglé. Adiós,

y que sea enhorabuena por lo del indulto de los Conejos.

Sin. ¡Pobresillos! No sabes tú er peso que se m'ha quitao de ensima. Luego iré a ponerle un telegrama a Su Majestad dándole las grasias. Me gusta quedá bien con las personas de viso.

Cot. Adiós. (Se va por la cancela.)

Sin. Anda con Dió. Tengo ganas de ver al amigo Bonilla pa dale un abraso y desirle que me perdone. ¡Pobresillo! Con lo buenísimo que es. Ahora ese hombre, ofende a mi padre inclusive, y como si me regalara un cajón de puros. Voy a vé si está en su cuarto. (Mutis por la izquierda segunda puerta.)

Bon. (Por la escalera.) La vida tiene cosas inverosímiles. Le he dicho a Tressolls que los polvos insecticidas son una guayaba y que le he engañado como a un hijo del Celeste imperio, y por toda respuesta me ha dicho: «Tiene usted un corazón como un ábside.» Bueno, yo creo que hoy me cae un rayo y lo más que hace es encenderme un pitillo. (Viendo a SINAPISMO que entra en escena por la izquierda.) ¡Ah! ¡Por fin! ¡Gracias, Dios mío! Recógeme en tu seno.

Sin. ¡Hombre! De buscarle a uste vengo.

Bon. Pues bien; aquí estoy y anhelando el golpe definitivo. ¡Sí! Venga pronto. Sin compasión. Duro. Máteme usted.

Nieves (Por la cancela con PRESENTACION y DON ROSENDO.) ¡Señor Bonilla!

Bon. (A Sinapismo.) ¡Mátame, miserable!

Nieves ¿Quién habla ahora de muerte? ¿Ha leído usted *El Noticiero?*

Bon. ¡Señora!

Pres. ¿No ha leído usted el indulto de los Conejos?

Bon. ¿Eh? ¿Qué?...

Sin. Sí, hombre.

Bon. (Tembloroso) ¿Pero qué dicen ustedes?

Nieves Que por ser Viernes Santo han indultado Sus Majestades a los Conejos.

Bon. (Uniendo sus manos y elevando los ojos al cielo.) ¡Eres infinito!

Nieves Y asómbrese usted; el señor Galofre...

Bon. Muy señor mío.

Nieves A quien deberemos gratitud eterna, ha ido a ver a su amigo el Presidente de la Audiencia y está usted dimitido.

Ron. (Echándose en brazos de don Rosendo.) ¡Señor Galofre!...

Mme. Per. (Como loca, por la derecha, primera puerta, seguida de SANSONI.) ¡A ver! ¿Quién ha sido el canalla sinvergüenza que ha envenenado a mis loros?

Sans. Resta trancuila: ese asunto es de mi pertenencia. (Hace una flexión y llama a gritos.) ¡Siñor hospedero! ¡Siñor hospedero! Aquí todo el mondo.

Ros. (Por la derecha.) ¿Eh? ¿Qué pasa?

Fras. (Por la derecha) ¿Pero cuándo se van a terminar los alborotos en este hotel?

Sans. Un picolo momento. ¿Quién ha sido el criminale que ha dado peregile a nuestros pájaros parlantes?

Ros. ¡Anda! Ese ha sido el señor Talmilla, porque yo le traje una peseta de peregil.

Sans. ¡La Santa Madonna! ¡Se han manyato una lira de peregile! No tienen salvacione. ¡Ah! Vado a visitar a ese comichí tronato. (Se va haciendo flexiones por la primera puerta de la derecha.)

Mme. Per. (Haciendo mutis tras él.) ¡Miserable! (Mutis)

Fras. ¡Otro escándalo!

Cot. (En la cancela.) ¡Señores! Venga un pasodoble flamenco, que ha resusitao Pepe-Hillo ¡Olé! (Entran HAMES e ISMAEL. Hames viste una guayavera muy cortita y muy torera y unos pantalones chuloncísimos. Como trae su tirilla y su sombrero viene hecho una birria.)

Pres. ¡Jesús!

Ros. ¡Dios mío!

Rosen. ¡Qué tipo!

Sin. ¡Olé las hechuritas!

Hames Ostedes decirme dónde estar ese canalla de tirititiro.

Fras. Ahora saldrá. Ha entrado ahí a pegarle a uno.

Hames Yo buscarle y pegarle con puño prieto y luego ir a farmacia a comprarme kilo de salicilato para gota. (Se va cojeando por la primera puerta de la derecha.)

Fras. ¡Otro escandalito! ¡Josú! (Mutis tras el inglés.)

Nieves Somos felices, señor Bonilla. Arreglado lo de las bodas, arreglado lo de Sansoni, arreglado lo de la verduguería... Yo creo, don Bonifacio...

Bon. Tutéame.

Nieves Yo creo, Bonifacito, que tu suerte ha cambiado.

(Dentro se escucha el ruido de muchos cacharros que se rompen y las voces de Talmilla, Madame Perrin, Sansoni y el inglés.)

P. Luis (Detrás de Bonilla.) (¡El verdugo! ¡Y me pegaron a mí por su curpa!)

Bon. Sí; indudablemente mi suerte ha cambiado. (Queda en primer término mirando al cielo.) Ya ves: ahí se están dando golpes y yo tan fresco. ¡Gracias, Todopoderoso! ¡Muchísimas gracias!

P. Luis (Que se ha ido acercando, le atiza un cate a Bonilla que casi lo tumba.) Toma.

Pres. ¡Bestia!

Nieves ¡Animal!

Sin. ¡Burro!

Ism. ¡Cafre!

Bon. (Resignado.) Nada; hasta que me muera seré una birria. Mi mala estrella la pintó el Sumo Hacedor con tinta china. (Telón.)

FIN DE LA OBRA

ELOGIO DEL TEATRO COMICO

Si el teatro es ciertamente cuando no un reflejo de la vida un motivo de solaz para la gente deseosa de curarse preocupaciones y amargos pensares, ninguno otro mejor para conseguir esto que el género francamente cómico.

En mis gustos literarios, fuera de las obras que pudiéramos llamar fundamentales, aquellas que marcan un prestigio universal en la historia de una nación, las prefiero a todas otras cuando naturalmente están compuestas por un refinado ingenio, prócer del buen humor, y señor de la ironía, porque no es ironía solo el deshacer una reputación con una frase sarcástica, sino el ver amargamente las jornadas del vivir y buscarles el lado ridículo para restarles importancia.

Por esto yo soy el más sincero y cordial admirador de García Alvarez. Ve la vida tal cual es y sufre sus penas con más intensidad que muchos que jamás se ríen; se han clavado en su alma buena hondos pesares, y él no hizo llorar nunca, sino reir, volviendo del revés esos mismos pesares que son su amargura interior.

El público ríe siempre con él, pero ahora la crítica sensata se llama a engaño, le niega el pan y la sal, y dice que ni él ni Muñoz Seca tienen derecho a la vida. Claro que esto lo dice después de haberse reído. Se cree en el derecho de ponerse serio y falsea su propio espíritu, que se regocijó unos momentos con mucho agrado de verse libre de graves pesares y torturadores recuerdos.

Tengo para mí, que puesto un ciudadano a distraerse de los ajetreos del día, lo que mejor le está es un poco de risa que le airee las celdillas del cerebro donde toda preocupación tiene su laboratorio y todo disgusto tiene su asiento; que el ver una obra de esas fundamentales que antes dije, ha menester de una preparación, no ya cultural, sino de ánimo.

¿Hay nada tan agradable como reir?

Nadie que verdaderamente se regocige hace luego el análisis de la causa, porque el motivo ya fué conseguido y no hay nada que resista a una minuciosa investigación.

En el teatro cómico hay que aceptarlo todo: convencionalismo de las situaciones, falsedad de los tipos y aún *descoyuntamiento* de la frase, en gracia al sano propósito de deleitar, y si los príncipes de la farsa consiguen esto las más de las veces y el buen público queda orondo y satisfecho, ¿por qué vienen luego unos señores graves a corromper las oraciones y amargar al pobre autor los momentos felices?

Todos cabemos en el mundo y para todos hay, y a cada cual debe exigírsele según sus méritos y condiciones; mal estaría pedirle a Benavente retruécanos y a García Alvarez y Muñoz Seca problemas y simbolismos, pero en consentirle a cada uno lo suyo nadie

se desdora ni desmerece ante la sociedad, que por veleidades y juegos de ingenio nunca se perdió una república.

Demás que ante el público pagano y sencillo no creo yo que se hagan favor alguno estos dómines minuciosos, puesto que muy pocos de ellos son los que pueden predicar con el ejemplo, diciendo: esto no se hace desta suerte sino destotra, y aquello que dicho y hecho de tal manera es malo y vicia las leyes del buen gusto, se ha de hacer y decir de este modo que muestra más ingenio y busca la hilaridad del público por más honrados caminos; pero aquí se da el palo y no se alza la mano como no sea para segundar. Es malo porque a mí no me gusta, y todas las demás razones sobran.

Si tuviéramos la certeza de que nuestra crítica era sincera, nada habría que oponer a su fallo, pero acontece que, salvo muy raros casos, está inspirada por antagonismos, pasiones y ansias de medro.

Porque una de las cosas que más influyen en la opinión que se divulgue acerca de una obra estrenada, es el éxito de taquilla. Si se ve que no ha de dar gran resultado, siempre hay conmiseración por aquello de que no habrá más perjudicado que el autor y no existe miedo de que pueda quitar puesto a los que esperen turno.

¿Acaso a humo de pajas hase puesto en los emblemas del teatro una carátula de la risa?

¿Pues si ello está admitido y es cosa tan noble y laudatoria el hacer reir, a qué tronar tan despiadadamente contra quienes ponen toda su alma en conseguirlo?

En el periódico y en el libro nunca pareció mal, y cuidado si en este orden se han hecho reputaciones

falsas y hasta un poco vergonzosas, ¿por qué, pues, se quiere alejar el buen humor de las tablas?

No, sino alentemos al Teatro Cómico, y cuantos somos de alma amplia, gustosos de todo bien estar, digamos bien de estos tiranos de la risa, que llegan a fatigarte con tanto sobrecargo, Enrique García Alvarez y Pedro Muñoz Seca.

DIEGO SAN JOSÉ.

Obras de Enrique García Alvarez

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (2.ª edición.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (revista.)
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
Todo está muy malo! (2.ª edic.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz (13.ª edic.)
Sombras chinescas.
Los cocineros (4.ª edición.)
El arco iris. (2.ª edición.)
Los rancheros (3.ª edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (parodia) (3.ª edic.)
Alta mar (4.ª edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villapierde (6.ª edición.)
La alegría de la Huerta (10 edic.)
El Missisipí (2.ª edición.
La luna de miel (2.ª edición.)
Las venecianas.
Losgitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones (3.ª edición.)
La boda. (Letra y música.)
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero. (Letra y música.)
El terrible Pérez (4.ª edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo. (2.ª edición.)
La primera verbena.
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco del Real.
El pobre Valbuena (6.ª edición)
El perro chico. (4.ª edición.)
La reja de la Dolores. (3.ª edic
El iluso Cañizares. (3.ª edición)
El ratón. (3.ª edición.)
El pollo Tejada. (3.ª edición.)
El noble amigo. (2.ª edición.)
El distinguido Sportsman.
La edad de hierro. (Letra y música.)
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios. (4.ª edición.)
Hasta la vuelta.
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.) (Letra y música.)
El método Górritz. (3.ª edición.)
Mi papá. (2.ª edición.)

La primera conquista.
El amo de la calle. (Música.)
Genio y figura. (2.ª edición.)
El trust de los Tenorios.
Gente menuda.
El género alegre. (Música.)
El príncipe Casto.
El fresco de Goya. (2.ª edición.)
El cuarteto Pons.
Las cacatúas.
El bueno de Guzmán. (Letra y música.)
La catástrofe de Burgos.
Ideal festín. (Música.)
La Corte de Risalia.
El maestro Vals. (Letra y música.)
Los chicos de Lacalle.
El alma de Garibay.
La Venus de piedra. (Letra y música.)
Fúcar XXI. (Letra y música.)
Pastor y Borrego.
La niña de las planchas.
Las vírgenes paganas.
La frescura de Lafuente. (2.ª edición.)
La casa de los crímenes.
La Remolino.
La escala de Milán.
La conferencia de Algeciras
El verdugo de Sevilla.

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Décima edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Cóba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos.
La niña de las planchas, entremés lírico.
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa.